Editorial

Este año hemos elegido un tema de esos que teníamos pendientes desde hace tiempo: las sexualidades. Aunque había varias propuestas encima de la mesa, ésta fue la única que generó consenso. Estábamos de acuerdo en que, después de haber buceado en nuestros miedos, necesitábamos un número más alegre y disfrutón, aunque sin dejar por ello de cuestionar y cuestionarnos.

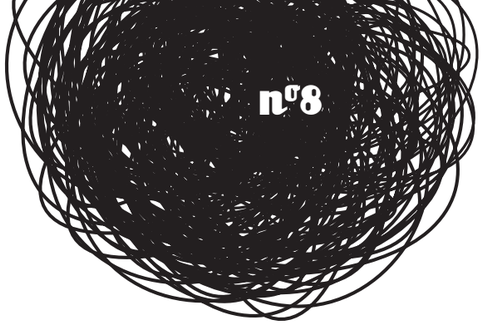
Decidimos entonces abordar las sexualidades –en plural, porque, como nosotras, son diversas– intentando dejar a un lado sus sombras y centrándonos más en el placer, el goce, el erotismo; reivindicando unas relaciones basadas en el consentimiento, el diálogo y el respeto. En esta línea, encontraréis artículos e ilustraciones que nos hablan de autoplacer, de autoconocimiento y de la relación con unx mismx; de sexualidades que se alejan de la norma, del papel del lenguaje o de qué pasa cuando permitimos que lo erótico empape la amistad. Hemos charlado con gente joven y también con nuestras abuelas; hemos jugado a contar algunas de nuestras ciberhistorias o nos hemos dejado llevar en el cuarto de baño del instituto. Sonreímos.

Pero las sombras se han negado a irse y, una vez que nos ponemos a darle vueltas a la sexualidad, aparecen, una y otra vez. Incluso, cuando pensábamos hablar de una cosa, de repente, nos descubrimos hablando de otra. Surgen de nuevo los miedos y las violencias del heteropatriarcado. Hemos aprendido que lo sexual no es un terreno fácilmente acotado y controlable. Es difícil escapar del cuestionamiento continuo, no podemos permitírnoslo. Y es que, detrás de una postura asertiva y poderosa, hay un proceso que escuece; y la risa, a veces, esconde el llanto. No es fácil huir de la genitalización ni de la presión consumista por acumular orgasmos, polvos, conquistas; del rechazo hacia lo distinto; del machismo y la heteronorma; de la uniformidad de los cuerpos; del abuso y la violencia, a veces tan explícita, a veces tan sutil. Y darnos cuenta de que eso no está sólo en lxs otrxs, sino en nosotrxs mismxs, en nuestros deseos y fantasías. Uy, duele.

En este número –quizás más que en otros, quizás como en todos– vemos la cara y el reverso dialogando, enfrentándose de diferentes maneras. Palabras que se nota que remueven a quien las escribe y, seguramente también, a quien las lee. Son muchas las voces que resuenan en cada uno de los textos, como si de alguna forma se mostrasen las dudas y los aprendizajes, siempre en construcción, y se tendiera la mano con el deseo de encontrar puntos de apoyo y reconocimiento en lxs otrxs. Hay ganas de hablar, aunque también asusta. A quién no le cuesta desnudarse si no hay intimidad, confianza, seguridad…

Hablar de sexualidades es abrir una caja de pandora, que nos trae placeres y dolores, y nos enseña que también en esto tenemos que acompañarnos, con cuidado, para aprender juntxs.

la lama de ja



Y tú, ¿qué opinas? 4

6 Sexo bilingüe

Polvos inconscientes 9

10 Asexualidad: un cuestionamiento del ordenamiento sexual

(escuchar) NO 13

16 Armarios rotos, placeres desbordados: corporalidades gordas y sexualidad

El largo proceso de la ¿liberación? sexual. Diálogo entre generaciones 19

22 Autoplacer

La erótica de mis colegas 24

26 Deseadas y deseantes. Desde la etnografía de un culo en particular

Ecofeministas en el baño turco, hackeando a Ingres 29

30 Amor no romántico, amor erótico

Descolonizarnos el deseo 32

34 El tiempo derrota al imperio de la libido...

Nos pone... 36

38 ¿Bailamos? Entrevista a 3

Calentando la nube (o hablemos de cibersexo) 42

44 Machotes

El sexo inconsciente de los jóvenes 46

49 Chorreando mi jardín

De fantasías y jaulas 50

52 De la femineidad racializada y su apreciación según el prisma del Orientalismo

Confesiones 54

56 El cuerpo que habito. Escritura desde la fisura sexo-género

La restricción como libertad 58

61 Sexualidades no normativas en las cárceles del franquismo: memoria de las presas políticas

Reflexión postvacacional 64

67 De la presión del orgasmo o de cómo aprender a disfrutar del proceso

Coñocimiento situado. Más allá de lo que nos dicen de nuestros coños 70

cambalache feminisma

Edita | cambalache
Esta revista es un proyecto autogestionado que se sostiene a través de su venta. Por ello, te animamos a comprarla, difundirla y distribuirla.
Se trata de una aventura colectiva en construcción, abierta a aquellas personas interesadas en participar en ella. Puedes pasarte por el local del colectivo, escribirnos o llamarnos para contarnos tus propuestas. Más información en:
C/ Martínez Vigil 30, bajo.
33010 – Oviedo
Tfno.: 985 202292
www.localcambalache.org
lamadeja@localcambalache.org

Equipo de redacción: Celia García López, Irene García Roces, Inés Herrero Riesgo e Irene S. Choya.

Diseño y maquetación: Amelia Celaya.

Colaboraciones: Isabel Alba, Arte mapache, Laura Bailón, Violeta Amina Benavides, Bitxo, Nolite te bastardes carborundorum, María Cabral, Laura Casielles, Carolina Checa Dumont, Isabel Duque (psicowoman), Nícola Duran Gurnsey, Jacarandá Disidente, Germán Domínguez Pérez, Patricia Dopazo Gallego, Laura Fernández, Xeito Fole, Mercedes Figueroa Abrio, Ana G. Borreguero, Ana García Díaz, Olga García Roces, Yinka Graves, Irene Hernández Arquero, Gelen Jelenton, Carla Martín Salas, Alba G. Menés, Alhama Molina, Andrea Momoitio, Magdalena Piñeyro, Elena Prous, Beatriz Ramos Jurado, Raquel Osborne, Sofía Sánchez Sánchez, María Rodríguez Suárez, María Salvia, Zarzel.

D.L.: AS-3139-2010 | ISSN: 2171-9160

1ª edición noviembre 2017

Todas nuestras publicaciones están editadas bajo licencia *copyleft*; esto significa que está permitida su reproducción, modificación, copia, distribución y exhibición, siempre que se haga citando a la autora o autor, sin ánimo de lucro y bajo la misma licencia.

Frente a cánones e impuestos, creemos que el interés de la edición es difundir contenidos, servir de herramienta educativa y generar debate; por eso, todas nuestras publicaciones se pueden descargar gratuitamente en www.localcambalache.org.

Definir lo indefinible. «La sexualidad es algo que no se deja decir», nos dijeron. Sin duda, una pregunta difícil. Lo intuíamos y lo comprobamos: nunca nos ha costado tanto encontrar respuestas como esta vez. Y, sin embargo, ahí os dejamos algunas palabras. Pero, antes de leerlas, sólo para ti, sin pudor ni vergüenza, te retamos a que tú también contestes: ¿qué es para ti la sexualidad?

José Carlos

Para mí la sexualidad es la manifestación física del amor, su cauce natural. No concibo sexualidad sin amor y tampoco amor sin sexualidad. Siempre en un sentido amplio, puede haber mucha sexualidad en una mirada y mucho amor entre dos desconocidos.

Teresa

La sexualidad es para mí cualquier acto que me haga sentir cosquillas en el pubis y por ende me excite. A veces, no necesito ni ser acariciada. Y otras, necesito horas para que el cosquilleo suceda. Para mí, es apertura, consentimiento, libertad.

Roxana, Granada

Sexualidad para mí es conocimiento, emociones, sensaciones nuevas, deseo en sí. Es vida, porque tenemos un cuerpo maravillosamente creado para sentir placer. Hace mucho, me dijeron que ya era una mujer y debía cuidarme, que podía quedarme embarazada, que podían hacerme daño, etc, etc. Pero no me enseñaron a descubrir mi sexualidad en toda su amplitud, tuve que ir aprendiendo y desaprendiendo. Ahora lo que toca es acompañar en ese descubrimiento a dos personitas, que son mis hijxs.

Say Lindel, Málaga

Viva el lengüeteo en los clítoris, viva tocarnos durante horas, viva mirarnos hipnotizadas, viva la masturbación y el autoerotismo, viva danzar por los cuerpos, viva atarnos y desatarnos, viva hablar sobre sexo, vivan los dildos, aceites, velas… Hombres heteros (¡no seáis ni tan hombres ni tan heteros!), el ano es placer asegurado, déjate penetrar un ratito por tus compis, politiza tu ano. Rompe los guiones en tu cama, a la mierda las ecuaciones perfectas: ¿excitación-erección-orgasmo-eyaculación? O reinventándonos: ¿sensualidad+placer x placer-excitación-placer+erotismo+placer?

miguel vagalume

Identidad sexual, orientación sexual, órganos sexuales, salud sexual, fantasías sexuales, prácticas sexuales, problemas sexuales, sexualidades, relaciones sexuales... Nos empeñamos en querer localizar el sexo entre nuestras piernas, en nuestro cerebro, en nuestros deseos, en nuestras prácticas, en lo erótico, en la expresión y no sabemos muy bien dónde colocarlo... Se nos escapa, se nos hace complicado, en lugar de entender que somos sexuales todo el rato. El problema es que seguimos relacionando esa expresión, «ser sexuales», con los genitales, en lugar de con quiénes somos y cómo somos todo el tiempo, no unas horas al día, unos días de la semana o una fase de nuestra vida.

Juan Pastor, Oviedo

Una puerta; un puente; una fuente (de placer, de energía, de problemas, de miedos); una buena manera de pasar la noche, o el día; una oportunidad (para disfrutar, para huir, para descansar, para regresar, para dejarse llevar, para dejar de pensar, para que el cuerpo mande); una manera de ser, aunque sólo sea brevemente, única, especial, la elegida; una obligación, como reír, bailar, vivir o votar; una excusa para follar; un juego, un viaje, una aventura, un regalo, una compensación por ser lo que somos: bichos que se gastan y se estropean con el paso del tiempo.

María, Barcelona

Sexualidad es cuerpo, es alma. Mi sexualidad compartida con otro cuerpo es yo con todos mis yoes. A veces soy yo desde el puro placer sentido. Otras, la yo miedosa bailando con mis fantasmas o el desenfreno más libre. Muchas de las veces soy pura vulnerabilidad. Siempre para mí es una intimidante e íntima profundidad de cuerpos y almas.

Ikari

Si leo la primera definición del diccionario, me vienen a la cabeza un montón de violencias corporales, agresiones, mutilaciones, intervenciones quirúrgicas sin consentimiento, veo bebés de animales y animales no humanos en manos de asesinos de bata blanca con bisturí en mano cortando y pegando en nombre del binomio y el patriarcado. Veo sangre, huelo desconfianza y siento rabia y tristeza. Veo monstruos, como yo, a los que no conozco pero respeto y amo. Si quito toda la mierda impuesta metida a calzador desde pequeñx y lo resumo, mi respuesta es, simplemente, CARNE. Si leo la segunda definición del diccionario, veo cuerpos moviéndose como dicta el ritmo del heteropatriarcado, pero gracias a esos monstruos, ese ritmo y esos movimientos son cada vez más diversos. No sólo les mueve la procreación de la especie, sino el goce y el placer, ambos localizados en todo el mapa corporal. Cuerpas en constante búsqueda del placer, un placer con-sentido. También veo cuerpas a las que esto no les dice nada y cuerpas-*ciborgs*. ¿Qué es la sexualidad? ¿Y tú me lo preguntas? Sexualidad eres tú.

María, Pola de Lena

La sexualidad soy yo. Cada pelo, vena y pensamiento es sexual. La sexualidad es un todo. Como el sol o la entropía, está presente en cada relación de amor, de poder, de amistad, de familia, de intercambio, sea oficial, superficial o profunda. Lo permitido y lo disciplinado dan un marco a nuestra creatividad, dentro y fuera del mismo se construyen los deseos oscuros y juguetones. Como la sociedad, me permito y me limito. Pero también reconozco la totalidad del deseo en mí, lo cuido, lo celebro y lo bailo.

M.

Pero no ves que nosotras ná de ná!!! La sexualidad es, para nosotras, la gran ausente.

Tránsito Fdez. Habas, Granada

Para mí, la sexualidad es un espacio político de autoexpresión, desafiante y creativo. Como mujer bisexual, ha supuesto la recuperación de un lugar en el que dejarme ser y sentir, pero sobre todo la sexualidad es poder: el que te otorga reconocer tu enorme derecho a compartirte con quien deseas y te desea.

Si quieres darnos tu opinión sobre este tema o proponer otro para el próximo número, puedes escribirnos al siguiente correo electrónico: **lamadeja@localcambalache.org**

Sexo bilingüe

Ana García Díaz

Lenguaje y deseo. Bisexualidad y bilingüismo. Los dos conceptos me parecen intuitivamente muy semejantes. Los códigos cambian, las reglas también, pero el placer del verbo, el deseo, el orgasmo, permanecen.

Cuando me enamoré de G., ya estaba enamorada del árabe. Si él no me hubiera hablado con su voz y con sus dientes y con sus ojos oscuros, y si el aprendizaje de toda su piel no hubiera ido acompañado de nuevos verbos, de aprender a decir *orgasmo* en dialecto, *pene*, *piel*, *coño*, *mi amor eterno*, nunca se habría metido tan dentro de mí. Cada día que pasaba, mi realidad aumentaba en cuatro, cinco, seis palabras; tres conceptos nuevos, dos gestos que venían a alumbrarme el mundo. Mientras, un deseo arrollador hacía de intérprete de todos los vacíos de significado. Cuando nos separamos, se me olvidaron de golpe muchísimas palabras. Y me enfadé con el árabe como si fuera G. Cada beso que olvidaba, cada caricia, cada noche entre las sábanas dejada atrás era una palabra menos, un verbo que desaparecía, una raíz que perdía su significado. Para curarme –o eso creía– tenía que olvidar una lengua, mientras una parte de mí se iba muriendo. Todavía hoy, tantos años después, es el sonido de su voz al otro lado del teléfono lo único que puede despertar en mí una punzada de ese deseo que quedó enterrado bajo la gramática francesa.

Al poco de salir de la adolescencia, un psicólogo me preguntó qué significaba para mí el sexo. Dubitativamente, afirmé que me parecía un acto de comunicación. La respuesta me ha dado vueltas en la cabeza desde entonces. Lenguaje-comunicación-identidad-deseo-realidad se me antojan elementos de una ecuación indisoluble. Las palabras, las mías, las de la otra, las del otro, me acercan, me zarandean, me encogen el estómago, me erizan la piel. Háblame. En lo que quieras, como quieras, de lo que quieras, pero no me dejes en silencio en este momento en el que lo único que importa es ser en el otro, habitar en la otra. Nada me parece más íntimo, más valiente, más cercano, que dos voces en la cama. Esa intención comunicativa me parece apabullante, casi dolorosa. Nunca me ha costado demasiado quitarme la ropa, pero han pasado meses hasta poder toser las palabras que se me agarrotaban en la garganta.

La realidad y el lenguaje. El lenguaje y la creación del mundo. El lenguaje y el yo. A veces me descubro siendo varias personas. En árabe soy directa, seca, hablo alto, conozco todo el vocabulario relacionado con el arte, la guerra, los derechos humanos, confundo varios fonemas y muchas veces hablo en masculino cuando no toca. ¿Cómo es mi deseo en árabe? Duro, poético, como un picor de humo de cigarrillo en la nariz. El francés lo he aprendido como lengua de trabajo y nunca he sido capaz de amar (en) esa lengua. Hablando en francés me sale alma de burócrata. Mi deseo francés es aburrido, serio, racional, temeroso de las faltas de ortografía y con un acento terrible que en la cama me desconcentra. El catalán siempre me pareció un juego desenfadado y haciendo el amor en catalán me he reído como una loca. Con 20 años me encontré en Manchester: acababa de dejar la carrera, un futuro prometedor de estudiante de medicina y un noviazgo de otra época. Aprendí el vocabulario básico del cuerpo humano escribiendo con témperas de colores el nombre de cada parte del cuerpo desnudo de mi amante británico. Cuerpo y lenguaje. Desde entonces, en inglés me siento transgresora: un poco Virgina Woolf y un poco cantante de los Smith. El único idioma en el que tengo verdadero sentido del humor es el castellano y, además, es la única lengua en la que puedo jugar, crear, hacer y deshacer palabras a mi voluntad. Es también mi idioma más profundo, el que se me escapa en mitad del deseo más rabioso, el que me sirve de liberador refugio para vencer mi timidez cuando mis amantes no pueden entenderme.

Lenguaje y deseo. Bisexualidad y bilingüismo. Los dos conceptos me parecen intuitivamente muy semejantes. Los códigos cambian, las reglas también, pero el placer del verbo, el deseo, el orgasmo, permanecen. Igual que automáticamente mi cerebro salta de una lengua a otra en un determinado contexto, mi deseo puede dirigirse a un hombre o una mujer en una situación concreta. Y yo también me transformo: asumo unas normas, unas reglas, un aprendizaje previo que me condiciona y que hay que aceptar o transgredir. Frente a los hombres, la seducción está plagada de notas al pie. Hace tiempo que siento que este idioma se convirtió en una batalla marcada por la desconfianza, donde el deseo funciona como una fuente de atracción pero, al mismo tiempo, me mantiene alerta. Con una mujer, mi nivel de tensión cae, me siento más capaz de ocupar el espacio con mi palabra, de mirar directo, no tengo miedo la primera noche, ni la segunda, no me angustia que la penetración sea una práctica obligatoria, puedo ser cariñosa y dulce, no juego un rol de árbitro imaginario.

Buscar una lengua común requiere mucho esfuerzo, voluntad y ganas de jugar. Para comunicarse –para comunicarse realmente– quizás hay que ponerse en el lugar de la otra (es divertido pensar que traducir viene del latín *traducere*, que significa «pasar de un lado a otro»). Pero cuánto hay de autoengaño, cuánto de asumir una lengua que no es la tuya, de aceptar un deseo que encaje, cuánto de no romper la norma o de ahorrarse el dar explicaciones. A unx mismx y a lxs otrxs. La seducción es también un ejercicio de interpretación, un acto de creación que cubre huecos, evita malentendidos, esquiva las palabras de difícil pronunciación. *Traduttori, traditori*: traductores, traidores, dice una frase hecha italiana.

Lenguaje e identidad. Homi Bhabha, teórico indio postcolonial, defiende que en la traducción se atraviesan –y al hacerlo se cuestionan– las fronteras previamente establecidas. El espacio fronterizo se convertiría en un lugar de tensión creativa (un *intra-espacio*) desde donde reconfigurar lo preconcebido. Me pregunto si no funciona parecido el deseo: ¿cuánto hay de intentar colonizar al otro, a la otra, cuánto de híbrido en los cuerpos que se mezclan? Si en el sexo la frontera es el lugar donde se batalla contra el silencio, ¿acaso no es el lenguaje la herramienta que nos permite modular nuestros cuerpos para viajar al encuentro del otro, de la otra?

Polvos inconscientes

Andrea Momoitio

La primera vez que follé fue entre escombros. No es una licencia literaria. Follamos en un descampado entre dos edificios en obras. Aquel polvo fue tan inconsciente como placentero. Qué manera de sudar, qué forma de disfrutar, qué curiosidad, qué ganas de recibir y regalar placer, cuánta ansia por explorar, qué poco miedo, qué inocencia, cuánto aliento y cuántos jadeos. ¿Y si alguien nos hubiese encontrado allí, entre piedras, cachondas y sedientas de vida? ¿Qué hubiéramos sentido? Quizás miedo. Tal vez, vergüenza. Ni éramos lesbianas ni queríamos serlo entonces. Insisto en la inocencia.

Nos enamoramos a escondidas, entre polvo y pánico, aprovechando las tardes en las que nuestras casas se quedaban vacías, los ascensores, cualquier esquina oscura, para aprender a follarnos. Nos habían hablado poco de sexo y nadie nos advirtió de que la educación sexual que estábamos recibiendo, además, respondía a una lógica heterosexual y machista de lo que significa la sexualidad. Nos contaron cómo se ponía un condón, pero no dónde estaba el clítoris. Aprendimos con el método tradicional de prueba-error: «Ahí me gusta. No. Ahí no».

—¿Esto irá así?

—No lo sé…

—¿Te gusta?

—Sí, sí. Sigue.

Así zanjamos el debate sobre si estábamos haciéndolo bien o mal, pero lo cierto es que la falta de referentes lésbicos influye en el desarrollo de la sexualidad de las lesbianas. A follar, se aprende. Algunas tienen la opción de hacerlo a través del sistema educativo, otras crecen en familias en las que se habla del placer, la mayoría lo hace a través del cine y la televisión. ¿Qué tienen en común las representaciones sexuales en los medios de comunicación? La heterosexualidad y, por extensión, el coitocentrismo. A follar se aprende por imitación si tienes a quien imitar, si no, la imaginación despliega todos sus encantos para satisfacer los deseos sexuales. Bendita imaginación, pues. Murió aquel amor y con él se fueron muchas más cosas.

La oscuridad de los bares de ambiente, en los que podía ver el trajín de mis hermanas maricas, me hicieron consciente de cómo había sido educada en la asociación entre sexo y amor. Lo supe la primera vez que masturbé a una chica que no me gustaba mucho en el baño del Badulaque, uno de esos bares que ahora está lleno de heteros progres. Ella se marchó después de correrse ante mi incredulidad. Aquella noche lloré en el tren que me llevaba a casa. No sé qué dolía más, si sentirme egoísta o ególatra. Aún entonces mi concepción de la sexualidad estaba mediada por la lógica heterosexual. Quise deshacerme de ella leyendo a Solanas, a Wittig y a Despentes, pero el pensamiento lésbico atravesó mi cabeza para instalarse en mi coño. Dije con mucha altanería adiós a la penetración: ni dedos, ni dildos. Impenetrable y coherente. Aquel cambio me resultó muy útil para follar con la que fue luego mi novia durante años. Dolida tras muchas relaciones heterosexuales violentas, estaba cerrada en banda: «Si quisiera que me metieran algo, seguiría con tíos», decía. Entonces, a mí, aquello me resultaba coherente y lograr la pureza política empezaba a convertirse en una obsesión. Aquel amor se acabó también y, con él, muchas certezas.

Nos habían hablado poco de sexo y nadie nos advirtió de que la educación sexual que estábamos recibiendo, además, respondía a una lógica heterosexual y machista.

Después de la tormenta no siempre llega la calma: el feminismo seguía calándome los huesos, los desengaños haciéndome más fuerte; la vida poniéndome a prueba. Polvos que no eran míos, riesgos innecesarios y nuevos amores me invitaron a romper con algunas de mis convicciones. Me dejé explorar y quise hacerlo yo también. Me costó menos sacar los rosarios de mis ovarios que la idea de alcanzar una pureza ideológica que aún me acompaña a veces en la cama. Ahora, es mi deseo el que hace que salten las alarmas de mis contradicciones. Son mis bragas las que me ponen ante mis prejuicios racistas cuando soy consciente de cómo sexualizo los cuerpos de mujeres afros, cuando me imagino follando con compañeros trans, pero no consigo visualizarme gimiendo con una mujer trans; es mi deseo el que me advierte del reto que tengo aún por delante para deconstruir los roles de género aprendidos cuando me asustan los arneses y los dildos porque temo el falocentrismo tanto como tener un monstruo debajo de mi cama. Ahora, si me reto, es porque me siento segura, porque tengo el espacio y la compañera que quiero para hacerlo, pero el horizonte del placer sin límites sigue pareciéndome inalcanzable.

Igual que Edith Piaf, no me arrepiento de casi nada, pero una noche, mientras follaba con una mujer maravillosa de la que no estaba enamorada, me escuché decir: «Qué frustración». Llevábamos un rato juntas en la cama y ella no se corría. Sentí mis palabras como un puñal porque en mí sigue instalada una lógica heteropatriarcal sobre la sexualidad que reduce el placer a una cuestión alcanzable y puntual. No puedo evitar que me invada la culpa si no consigo correrme o que lo haga mi compañera, no siempre logro disfrutar del sexo de una manera extensa, sin metas que alcanzar u objetivos que cumplir. A veces sucede, pero sólo cuando quiero profundamente a la persona que tengo delante, cuando tengo la certeza de que va a seguir a mi lado después, que sólo busca vivir conmigo ese momento, cuando sé que no tengo nada que demostrar.

Muchas veces, después de correrme, vienen a mi cabeza todas las veces que he fingido, todas las veces que no me he atrevido a decir que me estaba doliendo; los gritos que no he dejado que salieran de mi garganta; las fantasías que, por pudor, nunca he llevado a la práctica; las posturas que no he probado por miedo a sentirme ridícula; los orgasmos que he silenciado; todos los polvos inconscientes que me he perdido y los que podía haberme ahorrado. Por todo eso, hoy, aquí, me desnudo más que en muchas camas para prometerme que voy a hacerme cargo de mi placer, que voy a disfrutar de mi cuerpo y de la vida como si no hubiese sido educada para ser una santa fértil y heterosexual.

Asexualidad: un cuestionamiento del ordenamiento sexual

Nolite te bastardes carborundorum

Colchones y asexualidad. Cueza a fuego lento conceptos aparentemente paradójicos desde el imaginario colectivo en un contexto *mainstream* (como un anuncio de televisión) y deguste el resultado: polémica servida, opiniones en todos los sentidos, sí, pero lo más importante: visibilidad.

No sé si recordáis la campaña publicitaria a la que hago referencia. En abril de 2016 inundó nuestras pantallas con cuatro protagonistas que se identificaban con la asexualidad y un mensaje claro: en su cama todo el mundo puede hacer o no hacer lo que le dé la gana. Y ese «no hacer» no tiene por qué estar relacionado con tener un trauma, estar enfermx o cualquier otra justificación que les niegue su identidad.

Tampoco carguemos de bondad las pretensiones de la marca. Pero bien es cierto que, a pesar de su nada escondida intención capitalista, el material audiovisual conformó un referente para las personas asexuales, una representación, más o menos acertada, de su identidad tratada como tal, sin caer en la patologización o la burla. Los artículos se multiplicaron en las redes e incluso se trató el tema en algún programa de televisión. La asexualidad se hizo algo más presente en el espacio público. Sin embargo, ¿sabemos qué es realmente la asexualidad? ¿Qué podemos reflexionar, aprender, cuestionarnos desde lo que ésta plantea?

El movimiento asexual

En palabras del propio colectivo, una persona asexual es «aquella que no experimenta atracción sexual». Esta acotación lingüística no implica que sean célibes, que no practiquen sexo, no tengan libido o no se masturben. El factor común entre la variedad que podemos encontrar dentro del espectro asexual es que no hay (o no siempre, con matices) una focalización del impulso sexual en otra persona. ¿Cómo se entiende entonces que puedan llegar a mantener relaciones sexuales o disfrutar del placer sexual? Aquí entra la división que desde la comunidad asexual se hace entre *atracción*, el impulso ya mencionado; *deseo*, situado en un plano más puramente fisiológico en cuanto al placer físico (que puede ser experimentado en soledad o en compañía); y el *comportamiento*, ya que pueden llevar a cabo conductas sexuales por una causa que no sea la atracción que otra persona le despierta (negociaciones con la pareja, tener hijxs, etc.).

Estos planteamientos pueden encontrarse en la plataforma creada en 2001 por la comunidad asexual *online* AVEN (Asexual Visibility and Education Network), que tiene versiones en distintos idiomas. La asexualidad es una identidad que ha expuesto su base teórica en el espacio digital, a partir del cual ha ido tomando el espacio *offline* hasta desarrollar un activismo más allá de las redes. Prueba de ello es que en marzo de 2016 se fundó la primera asociación de personas asexuales del Estado español, ACEs (Asexual Community España), y se celebró una conferencia internacional de asexualidad en el Orgullo Mundial, en Madrid.

Las personas que sí experimentamos atracción sexual somos alosexuales, en los términos del colectivo asexual. Los planteamientos que se hacen desde la comunidad asexual resultan muy necesarios para que nos cuestionemos la manera en que tejemos nuestros vínculos y la primacía que le damos al sexo. La asexualidad propone incrementar el espectro sexual más allá de las distintas orientaciones ya conocidas dentro de la alosexualidad. Para ello, plantea toda una gama de grises: desde la asexualidad, donde se observan oscilaciones que van de la asexualidad «pura» (no experimentar nunca atracción sexual) hasta la grisasexualidad, que engloba a quienes experimentan atracción sexual pero de forma muy poco frecuente, en muy baja intensidad o en circunstancias muy

específicas. Dentro de esta última se posicionan lxs demisexuales, que sólo desarrollan atracción sexual hacia personas con quienes tengan un vínculo emocional.

Otra de las claves que plantea la asexualidad es ampliar la paleta de atracciones que podemos experimentar más allá de la atracción sexual. Así pues, encontramos atracción *romántica*, enamoramiento o deseo de tener una relación sentimental con una persona; *estética*, deseo de apreciar la apariencia de una persona; *sensual*, deseo de tocar a una persona de forma no sexual (caricias, abrazos); o *arrobamiento*, el deseo de tener una relación cercana, pero no romántica, con una persona. Términos y clasificaciones con los que podemos estar de acuerdo o no, pero que invitan a reflexionar en torno a la posición privilegiada que a veces ocupa la atracción sexual. ¿Las personas alosexuales pensamos en la atracción siempre desde una perspectiva sexual? ¿Concedemos más importancia a este tipo de atracción frente a las demás? ¿Cómo cambia una dinámica social cuando la atracción sexual entra en juego? ¿Damos por hecho que se da en todas las personas?

A pesar del interesante cuestionamiento que plantea, el discurso asexual no suele contar con un buen recibimiento, ni siquiera en los círculos de disidencia sexual y de género. Que las personas asexuales no sufran agresiones en la calle por no tratarse de una disidencia tan evidente a los ojos de lxs transeúntes no es excusa para que no sean incluidas dentro de estas reivindicaciones. La invisibilidad también es una forma de violencia y las personas asexuales están expuestas a la continua falta de reconocimiento en cuanto a su identidad. Este comportamiento discriminatorio se conoce como alosexismo, es decir, presuponer que todas las personas experimentamos atracción sexual, por lo que los comportamientos que quedan fuera de esa dinámica no entrarían dentro de «la norma». ¿Norma dentro de lo que intenta escapar de la norma? Así es, nuestra norma, la que muchas veces presupone la alosexualidad, por muchos matices que le atribuya a la gama de sexualidades que contempla, por muy deconstruida, punki, queer, «tolerante» que parezca, parece no ser suficiente.

No obstante, la norma, hasta la más transgresora, siempre admite una ruptura. La alternativa dentro de la alternativa. Ése es el escenario que plantean, por ejemplo, las prácticas BDSM, contexto perfecto para analizar las relaciones que pueden darse entre asexuales y alosexuales. La negociación de las prácticas que se establecen lleva a fijar límites y llegar a determinados acuerdos, razón por la cual un porcentaje relevante de personas asexuales se sienten cómodas dentro de dichas dinámicas. No hay supuestos previos, se reconoce y se escucha una voz que determina qué actos se quieren o no se quieren realizar. Reconocernos para reconocer. Reconocernos como menos inclusivxs de lo esperado para darle el reconocimiento que merece a lo invisibilizado. Desaprender para aprender(nos).

(escuchar) NO

Laura Casielles

Lo llevamos escuchando toda la vida: *ellos siempre quieren*. Lo seguimos escuchando. En serio o entre risas, como precavido consejo o como queja cómplice. Entre líneas, la idea de que nosotras no, o no tanto, o en cualquier caso menos.

De pronto, esta escena: estás tumbada en la cama junto a alguien. La situación y la relación son cómodas, las ganas están. Te dejas ser, te acercas, alargas la mano, acaricias, invitas. Y entonces escuchas: *no*. El otro cuerpo se tensa o se aleja, se da la vuelta: *¿Qué haces? Para. Ay... déjame. NO*.

En tu cabeza, entonces, la maquinaria entera se pone a funcionar: *estás gorda, eres fea, normal que te rechace, lo que haces no le gusta, no sabes, follas mal*. El silogismo es la mar de lógico: si ellos siempre quieren, la culpa es necesariamente tuya. Algo tiene que estar mal en ti, porque, si no, no se explica. Y aún podemos dar un paso más: no quiere porque no *te* quiere. Y es que si eres así de fea, así de gorda, si follas así de mal: ¿quién te va a querer? Mientras giras la cabeza hacia el otro lado, lo sientes con total nitidez: *esto te ocurre por tomar la iniciativa*. Esa caricia, esa mano, ese intento: qué ridículo, qué exposición, qué vulnerabilidad. El *no* se convierte en castigo; las razones que imaginas que lo sustentan, en un mar de culpas. La próxima vez quizá no digas, quizá no hagas. La herida está otra vez abierta.

Nos ha costado, a las mujeres, aprender a decir *no*. Lo hemos vivido: la culpa por no querer, el esfuerzo de seguir sin ganas, los orgasmos fingidos, el placer impostado. Y la violencia. La insistencia, el reproche, los calificativos. Hemos aprendido a trompicones a saber cuándo no queremos y vamos logrando que decirlo no sea un abismo. Hemos entendido la radical importancia de hacerlo.

Pero, ¿a ver si ahora escuchar *no* va a ser aún más difícil que decirlo? Porque es que también nos ha costado mucho decir los *síes*: averiguar qué queremos, desentrañar cómo lo queremos, y ponerlo en juego ante una contraparte que arrastra una inercia de siglos de tomar la iniciativa. Para quien ha tenido el papel de objeto, pasar a ser sujeto no es evidente: avanzamos por el terreno de nuestra sexualidad a medida que tomamos soltura en el juego de ser deseadas y de dar placer, y sólo después pudimos ir abriendo otras puertas. Nos ha costado y cuesta expresar nuestro deseo, y, ante esa dificultad, el rechazo puede tomar muy fácilmente, en la enredada madeja mental de nuestros logros y culpas, connotaciones de castigo. Cuando aventuramos el cuerpo hacia un territorio de apertura y placer, el rechazo puede ser el toque de arrebato para un repliegue veloz a las moradas interiores.

Es, incluso, este tonto, irrelevante, coyuntural *no* que atañe «sólo» a lo sexual y a un momento muy concreto, más difícil de llevar que los *noes* más grandes.

Los *noes* que implican emociones, decisiones, sentido, los encajamos de otro modo: los analizamos, los hacemos cuadrar –con mayor o menor dificultad y daño– en el puzzle. Pero aquí hay un no que sólo dice: *no quiero*. Un *no* inmediato, sintético. *No quiero lo que tú estás queriendo ahora.* Así de sencillo. Así de cuerpo. Así de ajeno a lo que sabemos pensar.

La de estar recibiendo muchos *noes* y estar teniendo cierta dificultad para encajarlos sin que la autoestima se magulle demasiado viene siendo, en los últimos tiempos, una conversación recurrente con amigas. Mujeres de veintimuchos, treintayalgos, cuarentaytal; independientes, feministas, que han pensado con hondura las estructuras que conforman el modo de ver el mundo que hemos heredado y que tratan de construir desde ahí modos más limpios y libres de querer. Al otro lado de la cama, sus contemporáneos: hombres respetuosos, cómplices, que también se andan repensando e intentan que los roles no les puedan. Y sin embargo, parece ser que nos está ocurriendo: ellos con mucho *no*, y nosotras sin poder evitar la debacle de que ese *no* active el interruptor del «gorda-fea-follasmal».

Como siempre, cuando un problema deja de ser individual, apunta a estructuras y puede valer la pena pensarlo como síntoma. Así, me entran ganas, también, de preguntarles a ellos: «¿Y a ti, ese *no*, qué te supone? ¿Cómo afecta a tu construcción de masculinidad, qué resortes están en juego? ¿Es un *no* de libertad o un *no* de bloqueo? Y la ansiedad de mi respuesta, ¿qué efecto tiene en ti? ¿De qué modo podemos ayudarnos?». Me entran ganas, también, de reflexionar largo y tendido sobre si nos ocurre lo mismo en las relaciones entre mujeres, o de qué otros modos. De indagar asimismo si hay variantes del asunto en las relaciones entre hombres.

Hace unos meses, un artículo desató una de esas polémicas en las que probablemente estamos intentando hablar de otra cosa. En una revista dirigida a mujeres se planteaba algo así como «posturas para tener sexo cuando no tienes ganas». Entre las respuestas que situaban estos consejos como un modo de fomentar la cultura de la violación y las que los trivializaban desde la constatación de que «es algo que se lleva haciendo toda la vida», se abrió paso un debate relevante: el de la voluntad y el deseo. Tenemos por un lado lo que el cuerpo quiere, y por otro lo que el intrincado amasijo de pensares y sentires acaba decidiendo hacer. En ese sentido, es perfectamente posible que el deseo diga *no* pero la voluntad acabe diciendo *sí*, por un amplísimo abanico de razones posibles que abarca desde el amor hasta el miedo. Muy a menudo, para las mujeres, la voluntad es la de complacer. El *sí* no es ajeno a un aprendizaje sentimental y sexual que tiene todo que ver con los roles. Pero más inquietante aún me parece el reverso: también el deseo es muy a menudo el de complacer. Eso también lo llevamos disuelto en la sangre. No es tan sencillo discernir qué hay de nuestro incluso en lo que parece apetecer.

Pero, y cuando la voluntad o el deseo efectivamente dicen *no*, ¿qué pasa? Se apuntaba en el artículo, y se legitimaba en muchas de las respuestas, la

Nos ha costado, a las mujeres, aprender a decir *no*. Lo hemos vivido. Pero, ¿a ver si ahora escuchar *no* va a ser aún más difícil que decirlo?

idea de que para eso está la pareja. La relación afectiva aparecería como una suerte de *seguro de sexo*: «hoy por ti y mañana por mí». ¿De eso va el amor, de asegurarnos un sí a nuestras ganas en cualquier momento? ¿No será precisamente dejar de considerar la pareja como territorio de garantía de la satisfacción de necesidades un modo de abrir la puerta a la posibilidad de deseos más amplios y más autónomos?

Yo no quiero follar sin ganas, pero tampoco quiero que follen conmigo por compromiso. Aprender a escuchar *no* sin que tiemblen ni el amor ni la autoestima se me aparece como un territorio muy fértil, que nos enseña cosas que también son importantes cuando nos las llevamos fuera de la cama. A mí, por ejemplo, lidiar con la onda expansiva del *no* me ha ayudado a entender que las razones del otro son independientes de lo que yo haga. Que no es *mi culpa* si no quieren o no me quieren. Que la valía no se pone en cuestión por el rechazo: que el amor tampoco. Escuchar *no* serenamente me ha permitido disfrutar de la honestidad de lo que esté siendo en un momento dado, aunque su forma desafíe a algunas casillas. Asumir que no pasa nada porque a una le digan que no también les ha allanado terreno a mis propios *noes*. Y al contrario: si el *no* no nos bloquea y seguimos explorando, las audacias que encuentran cómplice son una explosión celebratoria. El *no* puede ser también, por otro lado, un laboratorio de pruebas para el cuidado: ¿cómo decir *no* con amor? ¿Cómo no ejercer violencia en nuestra respuesta a un *no* que nos sigue costando escuchar?

Pero, sobre todo, el aprendizaje es que un *no* no nos impugna. Un *no* no es ni más ni menos cierto que mis ganas, ni está en guerra con ellas. Un *no* no dice que mi deseo esté mal. Más bien recuerda que la existencia de un deseo no supone el derecho a que se satisfaga. Tan sencillo como difícil: la legitimidad del deseo no depende de la respuesta que reciba; que nos digan *no* no implica que hayamos cometido un error. ¿Y si aprendemos que el deseo puede tener sentido en sí mismo, y no en su cumplimiento? Desde ahí, saber escuchar *no* sin derrumbamientos aparece como condición *sine qua non* de la libertad.

Hablo, pienso, hablo, pienso, aprendo, pero algunas veces me sorprendo de nuevo golpeada al escuchar un *no*. Todo, de nuevo, se tambalea: *gorda, torpe, inútil*. Me da miedo, saco la coraza, aparece la inercia de reprimir la expresión. Siempre todo es un *work in progress*.

Pero, espera, una intuición. Extiendo la mano, acaricio, busco. Doy un beso, disfruto del calor, de la respiración. Mi cuerpo es cierto. Mi deseo es cierto. Avanzo un poco más, atenta la piel a las respuestas.

Que si es que sí, mejor, oye. Pero si es que no, mi cuerpo y mi deseo se tienen que bastar para saberse ciertos.

Armarios rotos, placeres desbordados: corporalidades gordas y sexualidad

Laura Fernández,
Magdalena Piñeyro
y María Salvia

Los sinuosos relieves de las pieles inadecuadas invitan a iniciar la reconquista de los placeres.

Lucrecia Masson

La discriminación de las personas gordas, es decir, la gordofobia, viene siendo denunciada en el mundo castellanoparlante aproximadamente desde el año 2012 por distintos grupos e individualidades dentro de lo que se conoce como *activismo gordo*. A través de la denuncia pública del trato vejatorio al que las sociedades occidentales someten a las personas gordas, se ha ido perfilando la estructura de esta opresión, que se asienta sobre tres pilares principales: la estética, la salud y la moral.[1] La gordofobia concibe el cuerpo gordo como un cuerpo exteriormente feo, interiormente enfermo y de conducta inmoral, un cuerpo desmesurado que se ha entregado al placer y al descontrol, que merece por ello ser censurado y condenado.

En tanto que opresión, la gordofobia se encuentra en todas las facetas de la experiencia corporal de las personas y, en particular, tiene importantes consecuencias sobre la sexualidad.[2]

[1] PIÑEYRO, Magdalena (2016), *Stop Gordofobia y las panzas subversas*, Málaga, Zambra.

[2] Compartimos algunos adelantos de una investigación que estamos llevando a cabo sobre gordura y sexualidad para la IV European Geographies of Sexualities Conference. Siguiendo la propuesta de Sandra Harding en *There is a feminist method?*, nos resulta de vital importancia dejar constancia de que quienes investigamos somos gordas y hablamos situadas en esta experiencia corporal. No encontrarán en nuestras líneas ni un ápice de pretensiones de objetividad o neutralidad. El sujeto-objeto se funde, la experiencia busca explicaciones y la carne comienza a relatarse en busca de liberación.

Armarios gordos y otras vulnerabilidades

Los medios de comunicación, la industria de la dieta y las prácticas médicas, entre otras, tratan en general al cuerpo gordo «como carne sin vida en donde quedan anuladas otras experiencias afectivas que no sean el auto-desprecio, el desagrado, la ridiculización y la urgencia de la autoextinción»[3], dejándole fuera de la delimitación de la vida que merece ser vivida y del cuerpo que merece ser experimentado, y por supuesto, al margen de los cuerpos dignos de habitar los lugares del deseo. Así, los cuerpos gordos encontramos numerosos obstáculos para ser deseados, pero también para sentirnos deseables, sexys, atractivos. Esta negación del ámbito del deseo y la deseabilidad tiene al menos tres consecuencias:

1) **La creación de dos armarios:** el de la persona gorda que, condenada a la vergüenza corporal[4], no consigue sentirse atractiva y desplegar libremente su sexualidad: «con 14 años descubrí que me gustaban chicos y chicas [...] pero yo decía que esas cosas no me interesaban, para que la gente no me preguntara [...], porque yo sabía que era la gorda y que nadie me iba a querer por gorda, así que lo omitía»; y el armario de la persona a quien le gusta alguien gordx y no se atreve a decirlo (y se esconde o nos esconde) al ser éste un deseo censurado por la sociedad gordofóbica: «el pibe con el que perdí la virginidad [...], por él adelgacé en su momento, [...] él y sus amigos se reían de mí, se reían de que él había estado con una gorda».
2) **Una especial vulnerabilidad a la hora de relacionarnos con otrxs:** desde la coyuntura de la excepcionalidad, parece que las personas gordas debemos estar agradecidas porque alguien se fije en nosotras. Esto nos lleva a quedar a merced de la mirada y el cariño ajenos, lo que puede generar una relación jerárquica en la que resulte difícil poner límites, priorizar necesidades, exigir consentimiento, construir relaciones igualitarias o identificar y/o evitar el maltrato: «He tenido relaciones en las que se me ha dicho "te quiero a pesar de tu cuerpo"». Nótese la violencia contenida en esta frase. Y el plural.
3) **La creación del fetiche:** el gusto por los cuerpos gordos se convierte en una parafilia, en una suerte de patología del deseo que deviene en objetivación del cuerpo gordo. De esta forma, nuestros cuerpos quedan condenados a la polaridad de habitar el margen del deseo o el terreno del deseo como objeto. En este último caso, el cuerpo gordo se convierte en objeto de deseo, pero sólo como cuerpo y no como subjetividad completa: «La primera vez que tuve relaciones sexuales fue con una persona que tenía fetiche con las personas gordas y esto me afectó negativamente. Me han dicho: "Podría estar contigo sólo por tu cuerpo. Si estuvieras delgadx no estaría contigo"».

[3] CUELLO, Nicolás (2016), «¿Podemos lxs gordxs hablar? Activismo, imaginación y resistencia desde las geografías desmesuradas de la carne». En CONTRERA, Laura y CUELLO, Nicolás (comps), *Cuerpos sin patrones. Resistencias desde las geografías desmesuradas de la carne*, Buenos Aires, Editorial Madreselva.

[4] Una de las entrevistadas manifestó: «Nunca te asumes como gorda, sino como una persona que está adelgazando. Como te la pasas constantemente a dieta, más que un armario, es una no aceptación del cuerpo, no aceptar que eres gorda». El armario de la palabra *gordx* es inabordable aquí por cuestiones de espacio. Recomendamos, al respecto, la lectura de «Un rugido de rumiantes. Apuntes sobre la disidencia corporal desde el activismo gordo» de Lucrecia Masson y «Cuerpos sin patrones, carne indisciplinada» de Laura Contrera, en CONTRERA, Laura y CUELLO, Nicolás (comps.), *op. cit.*

Empoderamiento sexo-afectivo y cuestionamiento del deseo

La experiencia sexo-afectiva se presenta a menudo como un espacio de exposición de vulnerabilidades, donde la relación con el cuerpo resulta a veces conflictiva. Pero es también un caldo de cultivo para el empoderamiento y la transformación. La vivencia gorda te lleva en muchos casos a una reflexión en torno al deseo: ¿Qué cuerpos son considerados deseables? ¿Qué cuerpos deseo yo? ¿Cómo puedo dinamitar las normas del deseo? «Experimentar gordofobia me ha permitido cuestionarme qué tipo de hombres me gustaban y qué tipo de mujeres me gustan y por qué. ¿Por qué me gusta lo que me gusta?». «A día de hoy, que lo tengo más trabajado, sólo me relaciono con gente gorda... ¡Vamos a querernos entre gordxs! ¡Que pa'eso estamos! ¡Qué coño!».

Disidencia de la heteronorma

Entre las personas gordas no heterosexuales, al conversar sobre la vivencia bajo las disidencias sexual y corporal, la gordofobia es señalada en numerosas ocasiones como una opresión que condiciona la existencia de una forma más violenta y opresiva. Casi todas las personas entrevistadas afirman que cambiarían su peso o alguna parte de su cuerpo, pero no su orientación sexual.

En lo que respecta a las oportunidades que ofrece la disidencia de la heteronorma, se repite en muchos testimonios la idea de que las relaciones sexoafectivas que se salen de la norma heterosexual van acompañadas de una menor presión corporal y una vivencia menos profunda de la gordofobia interiorizada en este plano. «En mi experiencia con mujeres, esta cuestión de sentir pena por mi cuerpo «de la desnudez y del pudor» es súper fácil transgredirla y es muchísimo más ameno que estar con un hombre. Con un hombre siento muchísimo más esa mirada heterosexual».

Un amplio sector de las entrevistadas eran heterosexuales al inicio de su vida sexo-afectiva y fueron sublevándose contra la misma con los años y las experiencias. Si tal como veníamos exponiendo, la experiencia de estar al margen del ámbito del deseo lleva a los cuerpos gordos a reflexionar en torno a las normas, quizás la disidencia sexual no pueda desvincularse de la experiencia de socialización desde la vivencia gorda, caldo de cultivo del cuestionamiento del sistema.

la
ma
de
ja

El largo proceso de la ¿liberación? sexual.

Diálogo entre generaciones

Beatriz Ramos Jurado

La primera vez que recuerdo haberme masturbado tendría unos 10 años. Me masturbaba primero con objetos y después aprendí que podría ser muy placentero y más disimulado hacerlo con mis manos. No lo hablé nunca con nadie hasta que a los 16 años se lo conté a mi primer novio. Esas conversaciones fueron muy fructíferas porque ayudaron mucho a mejorar nuestras relaciones sexuales. Yo le enseñaba a él a masturbarme y él me enseñaba a mí.

Hasta ese momento, yo me sentía muy culpable porque pensaba que estaba haciendo algo oscuro y sucio. Nadie me lo había dicho explícitamente, pero yo lo sabía. Cada vez, me prometía a mí misma que no lo volvería hacer, pero no podía evitarlo, volvía a hacerlo, y volvía a invadirme la culpabilidad.

En aquellos primeros años compartía habitación con mi madre. Yo solía cerrar la puerta, pero ella la abría sin llamar. Una de esas veces mi madre me pilló tocándome. Cuando abrió la puerta, yo saqué rápidamente mi mano de la entrepierna, pero se dio cuenta y me preguntó que qué hacía. Yo le contesté que nada y ahí se cerró la conversación. Evidentemente, yo sabía que mi madre sabía, pero nunca lo hablamos.

Nací en 1980, fui a una escuela pública y mi familia no era especialmente religiosa. Hice la comunión sin ir a catequesis y en el instituto escogí ética. Sin embargo, ni en casa ni en el colegio me hablaron abiertamente sobre sexualidad. Las generaciones anteriores creen que las de nuestra quinta hemos vivido la liberación sexual, pero ¿la hemos vivido?

Trabajo en Servicios Sociales dinamizando la actividad sociocultural de varios centros de participación activa para personas mayores. La mayoría de las participantes son mujeres. Cuando se reúnen entre ellas, sin la presencia de un

hombre, es muy común que hablen acerca de sus recuerdos de otros tiempos, incluyendo las relaciones amorosas y la sexualidad.

En sus experiencias sobre la sexualidad destaca la vivencia de la prohibición y el desconocimiento. Son mujeres que nacieron principalmente entre los años 40 y 50, en plena posguerra, criadas en una educación católica represiva que las confinaba a ser *ángeles del hogar* y les negaba la sexualidad. Aun así, sortearon como pudieron las normas establecidas, escapándose con sus novios a ratos, y dejándose tocar, en ocasiones, más allá de lo permitido, no sin remordimientos y miedo a embarazos no deseados. Nadie les explicaba nada. Cuando les venía la regla, se enteraban entre cuchicheos a través de las amigas o las vecinas de lo que era aquello y de lo que tenían que hacer, pero sí sabían que era algo que tenían que aprender a esconder. Llegaban vírgenes al matrimonio, muchas de ellas sin saber de qué se trataba el asunto. Algunas confiesan que nunca llegaron a «enterarse bien de lo que era eso…»[1]. Otras dicen haber disfrutado con el tiempo, muchas veces teniendo ya hijes, y pocas se lanzaban a tener la iniciativa, ya que la expresión del propio deseo sexual estaba mal vista. La culpa, la vergüenza y la timidez rodeaban las relaciones sexuales de nuestras madres y abuelas. Ni que decir tiene que el adulterio femenino estaba fuertemente castigado y el lesbianismo estaba tan invisibilizado como perseguido.

Así me describen la vivencia de la sexualidad las mujeres con las que trabajo. Es evidente que el panorama ha cambiado mucho desde entonces: nacimos y crecimos con la democracia y en un estado laico de educación mixta. Sin embargo, la religión nunca estuvo fuera de las escuelas, la mayoría no tuvimos acceso a una educación sexo-afectiva ni en casa ni en el colegio y, como las generaciones anteriores, nos fuimos enterando de qué iba la cosa a través de lo que cazábamos de les amigues o mayores. Compartimos con las mujeres que nos precedieron la desinformación, el tabú, la vergüenza y la culpa, aunque en menor medida, con experiencias sexuales más tempranas y en un ambiente bastante menos represivo.

Las generaciones anteriores creen que las de nuestra quinta hemos vivido la liberación sexual, pero ¿la hemos vivido?

Ellas, nuestras mayores, nos piensan mucho más liberadas sexualmente, pero ¿realmente lo estamos? La pregunta me surge cuando ellas me interpelan. Me hablan sobre sus vivencias y me preguntan por las mías. Me dicen: «A ver si somos nosotras las reprimidas y resulta que las jóvenes tampoco están aprovechando el tiempo…».

La necesidad de hablar del tema parece común. A raíz de sus preguntas, que me hacen repensar mi propia vivencia sobre la sexualidad a nivel individual y también como generación, recuerdo conversaciones vividas con mis amigas y promuevo otras nuevas para escribir sobre ello.

Vivimos en una sociedad hipersexualizada, donde las referencias al sexo son continuas, y, sin embargo, se acusa la ausencia de conversaciones reflexivas y en profundidad en los grupos de referencia.

Me he encontrado con una buena disposición a hablar del tema, pero me ha sorprendido saber que no se habla tanto como pensamos. Vivimos en una sociedad hipersexualizada, donde las referencias al sexo son continuas, y, sin embargo, se acusa la ausencia de conversaciones reflexivas y en profundidad en los grupos de referencia. Una amiga, en una de estas conversaciones, me comentó que le había gustado mucho hablar acerca del tema porque nunca había conversado antes sobre cómo se masturbaba.

Resulta evidente que en este tiempo entre una generación y otra hemos tenido la posibilidad de disfrutar más abiertamente de nuestra sexualidad, pero la normatividad sigue imperando en este terreno. Entre la gente que me rodea, la realidad sexual es mucho más diversa de lo que la norma impone. Sin embargo, sigue existiendo un imaginario normativizado que es el que se considera válido y, si te sales de él, pasas a formar parte de *la desviación*. Vivimos a los 20 la imposición de la promiscuidad obligatoria para quienes no teníamos una relación estable a riesgo de ser llamadas *reprimidas*[2], aunque aún no habíamos aprendido a separar el amor del sexo y muchas necesitábamos justificar el deseo sexual a través del amor romántico, para sortear la culpabilidad que nos generaba buscar sexo sin más. Desde la frecuencia, hasta el número de parejas sexuales deseable, o las prácticas realizadas, todo es pasado por el filtro de lo que se considera *normal* en la sexualidad, que sigue siendo principalmente heteronormativa, coitocéntrica y centrada en la relación de pareja estable.

Esta mirada al pasado para llegar al presente tiene como objetivo ampliar la perspectiva, tomar conciencia de lo que se ha conseguido reconociendo y agradeciendo las brechas que abrieron nuestras madres y abuelas, nuestras ancestras, y valorando los espacios de subversión, que son los que nos animan a cambiar la norma. Se trata de poder hacernos, así, las preguntas que nos dirijan a esa línea del horizonte por donde queremos transitar.

[1] Frase sacada del vídeo del proyecto «Las mujeres cuentan». Centro de Servicios Sociales Albayzin. Ayuntamiento de Granada. Sin publicar.

[2] NARANJO, María José (2006), «Veinteañeras: la promiscuidad obligatoria». *Mujeres y Salud*, nº 19, pp. 31-33.

Auto-placer

Gelen Jelenton

Autoplacer I

Leer, comer, dormir
dormir, leer, comer
comer, dormir, leer.

No sé,
ver series también
y escaparse va bien.

Leer, comer, dormir...
El sexo, también
a veces, a ratos
a veces no tanto
a solas pasas el rato.

Autoplacer II

¡Ah! Pensando en qué hacer sobre el <<autoplacer>>,
una amiga me ha dicho:
- Vulvas no, por favor. Que siempre es lo mismo, ¿no?

Pero sabes lo fuerte,
que antes habíamos hablado del pasado,
del <<no te toques todo el rato>>.

Que si no te rasques, niña,
y las manos fuera de la manta,
a presión, bien colocadas.

Autoplacer III

Que yo no tengo uno
que tengo dos o tres
pero no se saben resolver.

Que te inviten es un placer
pero luego ponte
y haz siete cosas a la vez.

Que las precarias
así estamos
a buscar el rato.

Autoplacer IV

Soy de las poquísimas personas que conozco
que nunca ha tenido pareja.
Dice mi roomie
que debería estar contenta,
que esa debería ser la meta.

Pero lo pasé muy mal por eso,
ahora ya lo llevo mejor
por costumbre y corazón.

Fui al psicólogo
por eso
era de narrativas
y eso me gustaba,
yo lo interpretaba
en cómo te contabas.

Después de varias sesiones
me dijo:
-Tú no tienes nada-.
-Eso es verdad- le dije.
-Ni tampoco tan rara-
y me dio de alta,
aunque a veces
persiste el drama.

Autoplacer V

Mi primera declaración de amor
fue de una vecina y amiga mía, en navidad.
Me dijo que le había pedido a los reyes magos ser chico
para ser mi pareja.
Yo ya sabía que eso no podía pasar,
lo de los reyes magos,
porque me lo habían contado mis hermanos.
No supe cómo actuar,
le dije a mi amiga que se fuera,
que ya hablaríamos otro día.
Pero ya nunca se habló del tema,
y ahora sé que tiene pareja.

Autoplacer VI

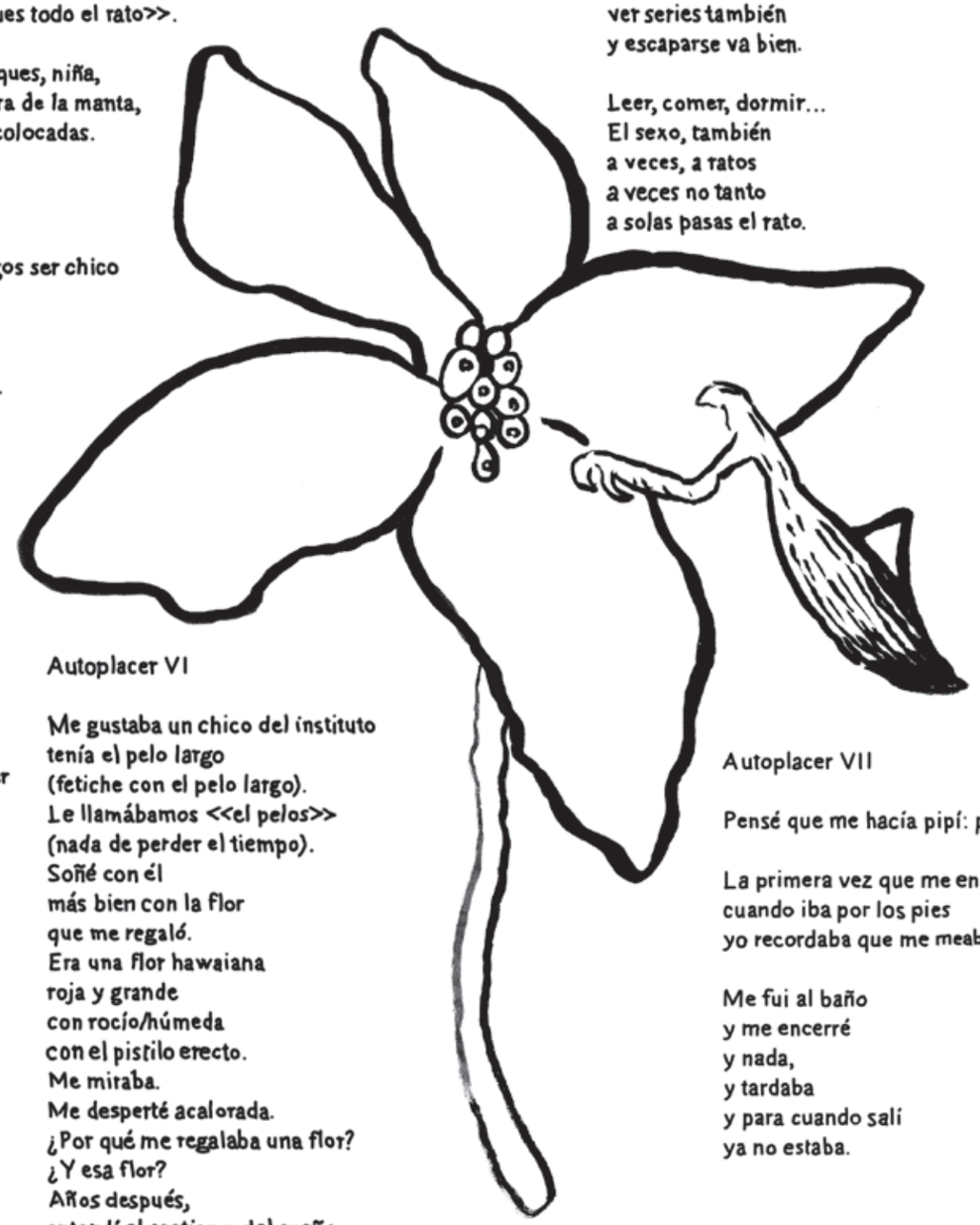
Me gustaba un chico del instituto
tenía el pelo largo
(fetiche con el pelo largo).
Le llamábamos <<el pelos>>
(nada de perder el tiempo).
Soñé con él
más bien con la flor
que me regaló.
Era una flor hawaiana
roja y grande
con rocío/húmeda
con el pistilo erecto.
Me miraba.
Me desperté acalorada.
¿Por qué me regalaba una flor?
¿Y esa flor?
Años después,
entendí el erotismo del sueño,
y para recordarlo
me lo he tatuado.

Autoplacer VII

Pensé que me hacía pipí: pero lo que estaba era excitada.

La primera vez que me enrollé con un amigo
cuando iba por los pies
yo recordaba que me meaba.

Me fui al baño
y me encerré
y nada,
y tardaba
y para cuando salí
ya no estaba.



Dibujo central de flor-tocado en seda negra por Julia Blanco y amantis religiosa de plata-broche de <<Metal>> por Eva Ruiz. Para la exposición de Jeleton: <<Historia política de las flores 6: Florilegio>>, en <<La Taller>>, Bilbao, 2017.

La erótica de mis colegas

Alba G. Menés

Antes tenía, como quien dice, conciencia social. Militaba. Al principio dando palos de ciego. Era una tierna adolescente y la lucha de clases me parecía por aquel entonces una verdad irrefutable por la que llegar hasta el fin.

Todo era apasionante: los fondos europeos del carbón y la minería, la guerra del agua, el *fracking*, Ucrania y Lenin, los monjes tibetanos, los polos se derriten y el mar está lleno de plástico, el anarkismo en el estado español y Rosa Parks. ¡Oh, no! El PCPE se ha metido en las luchas estudiantiles de la «uni», Venezuela y el coltán, nos desalojaron, mis amigxs son ahora concejalxs, las FARC y la farlopa en las cuencas, ETA se apaga y el género son los padres. No tengo ni puta idea de lo que pasa en África, y lo postcolonial y lo postindustrial y el postporno y mis amigxs comen carne. Y Paul ya no es Beatriz... ¿Qué?

Hace un par de años, en una noche de cañas, una colega se quejaba de lo paradas que estábamos. Habíamos perdido fuerza y visibilidad dentro de la agenda política y cultural.

Recuerdo la sensación de desasosiego, de rabia y de impotencia que sentí al escuchar este tipo de comentarios o discursos derrotistas, porque yo nunca había dejado de militar, pero no tenía en ese momento unas jornadas montadas a la vista ni un mísero *stencil* para demostrarlo. Ya no organizábamos *cafetas*, ni hacíamos *performances*, las manifestaciones nos parecían inútiles y aburridas. Nos costaba encontrar cosas que nos enganchasen y motivasen y sin embargo tenía todo el rato esa sensación: no hago nada pero no paro de gestionar cosas.

Estábamos desencantadas también con el feminismo. Recuerdo el cansancio y lo mal que lo pasamos cuando intentábamos encajar las teorías feministas que nos llegaban de fuera en nuestras vidas cotidianas. Pusimos el poliamor por delante de los sentimientos de nuestrxs compxs y lo pasamos mal, hablábamos de anticapitalismo y de feminización de la pobreza mientras currábamos de camareras en cadenas de comida rápida y a casi ninguna le salía el *squirting* (y mira que lo intentamos). Fuimos abandonando el escenario de la política visible y mediática.

Decidimos que lo mejor era irse por ahí a hacer el macarra juntes. Dejamos de hablar de LA POLÍTICA y empezamos a hablar de nosotrxs, conocimos las casas en las que vivíamos y nos metimos hasta el fondo, y allí quemábamos las noches contándonos las batallitas de cuando éramos peques, nuestras rayadas del momento o lo que esperábamos de la vida. Pasábamos de las asambleas y nos íbamos a tomar cañas y a bailar. Dejamos de ser camaradas para hacernos familia.

Mis relaciones personales se habían convertido en mi activismo. Todo el tiempo que antes dedicaba a organizar cosas ahora lo invertía en construir con mis colegas y mi entorno más cercano una realidad en la que nos sintiéramos cómodxs. Empezamos a hacer política desde lo experiencial con las cuerpas, con los afectos, con los placeres...

Ya sabíamos eso de que lo personal es político y también sabíamos de memoria que la sexualidad y el deseo eran construcciones socioculturales, pero al intentar encontrar los lugares desde los que queríamos partir o hacia los que queríamos llegar en cuestión de sexo, todxs llevábamos grabadas en la piel cosas de las que pensábamos habernos librado hace tiempo.

La teoría antigordofóbica no hacía que lxs compxs gordxs nos sintiéramos deseadxs ni aceptadxs, sólo confirmaba que la sociedad es gordófoba. Ni las miles de publicaciones sobre amor romántico, poliamor y anarquía relacional evitaban el dolor que hemos vivido en nuestras relaciones sexo-afectivas. Ni toda la teoría trans visibilizaba en la vida cotidiana a las personas trans.

Atrevernos a vivir nuestra vida con la libertad de la que tanto hablábamos implicaba ser conscientes de lo que éramos, no de lo que deberíamos ser; y también asumir que nuestras identidades y nuestros deseos no eran tan feministas como pensábamos. En definitiva, antes de nada, debíamos aprender a aceptarnos, ya que desde la aceptación propia y la de lxs demás era desde donde podríamos empezar a consolidar nuestra propia revolución.

A medida que íbamos desmontando los introyectos que articulaban nuestra sexualidad, íbamos comprendiendo que la erótica y el deseo no funcionan como algo aislado o reservado a la/s pareja/s. Ese separatismo entre los tipos de relaciones posibles: amigxs, pareja, familia y los roles que a cada una le correspondían se iban desmoronando.

¿Pueden mis amigxs ser mi familia? ¿Mi pareja es mi colega? ¿Hay sexo en mi grupo de amigxs? ¿Hay erótica en mis relaciones familiares? Y lo más importante, ¿hay algún problema en todo ello?

Asumir que la sexualidad es algo que forma parte de mí y no una categoría independiente que nada tiene que ver con el resto de mi vida me llevó a permitirme vivirla y expresarla en otros lugares, con otras personas y de otras formas que no tienen nada que ver con dejarme follar o con el sexo normativo.

Lo bonito de todo esto es que además de un proceso individual, al compartirlo entre nosotrxs, se ha convertido también en un proceso colectivo. Hemos hecho la apuesta política de incluirnos lxs unxs a lxs otrxs en la sexualidad individual de cada unx. Nos besamos, nos abrazamos, nos velamos, nos cocinamos, nos mordemos, nos follamos, nos disfrazamos, nos jugamos, nos dormimos abrazadxs en cestitas de gatxs, nos emocionamos, nos buscamos cada día, nos queremos, nos deseamos, nos manchamos, nos la liamos parda y luego vuelta a empezar. Mis colegas son una parte importantísima de mi deseo. De hecho, estoy enamorada de todxs y cada unx de ellxs.

Desearnos es revolucionario.

Deseadas y deseantes.

Desde la etnografía de un culo en particular

Elena Prous

Dejar que deseen mi cuerpo inmóvil y abstracto convierte a la perra sexuada que imagino en mi interior en un chiguagua con abrigo que, a medida que se permite no juzgar a quien le toca con deseo, se crece a chucha del montón con suficiente recorrido como para mirarse con dignidad sin necesidad de pedigrí.

En el siguiente paso, me descubro deseando y proporcionando placer, dando la bienvenida a mi sexualidad perdida, aquella que abandoné porque estaba demasiado ocupada aprendiendo a ser tetrapléjica.

«Te apoyabas en la barra y torcías la cadera sacando culo cuando te disponías a ligar», me recuerda mi amiga del alma en una conversación sobre mi capacidad actual para pillar cacho. En su opinión, no me doy cuenta y no ligo más porque estoy a otras cosas.

Ciertamente, aunque con algunos matices, hay varias verdades en sus afirmaciones que la etnografía sobre mi culo me ayuda a explicar.

Mi culo a los 20 era normativamente un buen culo, y si mi ego se olvidaba de ello en algún momento, los comentarios de unos y de otras y los ojeos por la calle o en el metro resituaban mi culo como arma para visualizar mi sexualidad y desearme. Lo sabía, lo utilizaba y reafirmaba mi personalidad. Yo no había inventado las reglas pero saberme deseada por mi cuerpo empoderaba mi mirada.

El primer día que salí por las calles de Madrid en mi silla de ruedas experimenté un cambio en las miradas de las personas que se cruzaban conmigo, la mayoría no me miraba. Esto me impresionó, estaba acostumbrada a ser sexualizada.

Mi culo sentado ya no era objeto de deseo y mi silla de ruedas decía cosas nuevas de mí, aunque yo me siguiera sintiendo la misma.

En aquél momento, lo percibí como una anécdota que contaba para quitarle hierro a todo. «Al menos ahora no me miran el culo en el metro», decía. Sin pensar que lo que sucedía era que estaba siendo desexualizada, ignorando que mi culo había sido un canal para mostrarme que ya no se veía, y que la diversidad funcional me obligaba, sin apenas percatarme, a inventar nuevas formas de hacerme visible como persona sexuada.

Sí, mi amiga del alma tenía razón, estaba a otras cosas y estaba olvidándome de mi sexualidad. Pero, como muchos otros procesos, no era algo consciente, no era una decisión razonada. Ante la ausencia de recursos –como el de sacar el culo torciendo mi cadera en la barra de los bares–, no estaba explorando otras herramientas. Las miradas al suelo o de lástima de una parte de la sociedad tampoco actuaban como los pompones de un equipo de animación.

Lo importante era ser poco tetrapléjica o una tetrapléjica bien rehabilitada. Aprendí a ser una incontinente disimulada[1], sonriendo siempre, mientras notaba que me meaba en la compresa que llevo entre las piernas. «¿Cuánto aguantará? ¿Podré pasar la tarde sin que se desborde?».

Iba olvidando mi sexualidad a cambio de mantener un grado aceptado de normatividad, hasta que, antes o después, como a muchxs, ésta emana y te explota en la cara, en el coño o en la cabeza. Lo haces público o te callas, pero deseas vivir tu sexualidad más allá de los problemas y de lo escondida que la dejaste. Se te mojan las bragas y no es la regla, ni una meada.

En mi camino he deseado y gozado de mi sexualidad con personas con diversidad funcional por ser como son y por tener los cuerpos que tienen. Desde el morbo de la distancia y el orgasmo de caricias difíciles de llevar a cabo.

Sin embargo, desde una cultura de los cuerpos que también me envuelve a mí, he de reconocer que mi soltura para venderme como un pavo real con mucho que ofrecer se asusta más ante los cuerpos más normativos.

«¿Qué puedo ofrecer yo a cuerpos tan capaces?», me he preguntado buscando mi valor.

Es en este punto donde he vivido los desnudos de mis miedos más salvajes, sabiendo que no sacaría mi culo como carta de presentación, pero que encontraría canales para sacar a la perra sexuada que existe más allá de mi incontinencia. Me debía, por amor propio, tragarme mi miedo para decir «aquí estoy tras todas estas capas de cebolla», más pequeña que la ultima muñequita rusa, ésa que no se separa, pero dispuesta a experimentar nuevas formas sexualizándome de nuevo a través de mí y de lxs demás.

Follar sabiendo que proporciono y obtengo placer a través de mi nuevo cuerpo y que erotizo desde mi diversidad funcional desmigaja mi sexualidad, experimentando, por encima de mi incapacidad para tener orgasmos, el más placentero clímax.

Mis experiencias están marcadas por un tránsito obligado a un cuerpo que se compara con el que fue y que no sabe qué se siente cuando tu sexualidad madura en un cuerpo con diversidad funcional. Pero puedo ver, por haber estado en ambas orillas, que la lucha diaria de las mujeres con diversidad funcional por ser socialmente sexuadas pasa muchas veces simplemente por ser vistas como mujeres. Para poder ir recorriendo el camino con todas las demás. Para desear los cuerpos que habitamos y proyectar

[1] http://yeswefuck-blog.tumblr.com/post/145101583549/de-cuclillas-para-mear-por-elena-prous

las diversidades que encarnamos. Para decidir qué mujeres queremos ser e incluso decidir no ser mujeres y simplemente ser.

Cuando las niñas con diversidad funcional se hacen mujeres, se dan cuenta de que no lo son para su sociedad. En el momento que llegan a las inaccesibles consultas ginecológicas, no encuentran referentes, porque ser lo que somos es lo peor que se puede ser. Igual que cuando nadie habla contigo ni de relaciones ni de sexo. Tus parejas son ángeles por fijarse en alguien como tú, y ser madre te convierte, al más puro estilo del porno de inspiración[2], en una heroína a la que nadie imagina follando y germinando la famosa semillita, y a la que no dejarán ser madre sin más con las ayudas necesarias.

Esta asexualización e infantilización de cuerpos adultos nos hace más vulnerables al abuso porque fomenta una imagen en la que no somos poseedoras de nuestros cuerpos ni de las decisiones sobre nuestra sexualidad. Sólo somos portadoras de unas características orgánicas vistas como fuentes de problemas. Prueba de esto es la facilidad con la que la sociedad es capaz de justificar la esterilización forzosa[3] de las mujeres con diversidad intelectual.

El sistema que nos alimenta y alimentamos nos pulveriza como mujeres porque nos niega todo aquello que se atribuye al resto de mujeres.

Yes we fuck![4] o la asistencia sexual[5] son batallas conocidas, con gran acogida y muy necesarias, que sitúan la sexualidad de las personas con diversidad funcional en un tratado de paz con el resto de sexualidades. «¡Claro, también follan!», afirma la sociedad tras un mensaje explícito y bien hilado o, al menos, la que no nos ve como monstruxs practicando aberraciones.

La carencia de muchos de nuestros derechos sexuales es una realidad común que vincula a las personas con diversidad funcional, y un posible punto de partida para decir al heteropatriarcado capacitista ¡que te jodan!

Podemos, a la par que llevamos una lucha por estos derechos, conquistar imaginarios, visibilizando nuestra sexualidad sin necesidad de referenciarnos en lxs otrxs o tener que pasar por sus prácticas adaptando las nuestras.

Para ello, desde la anarquía de lo que gozamos, deseamos y erotizamos, podemos crear nuestros referentes, nuestra sexualidad. Desgenitalizarla si lo consideramos, convirtiendo lo sutil en la experiencia más *hardcore*, otros lenguajes en los gestos más morbosos, o nuestros apoyos técnicos y humanos en parte obligada del juego.

Construir nuestra sexualidad utilizando la diferencia, aquello que nos mandó al otro lado de la alambrada de espino, porque es parte de lo que somos y debemos convertirlo en una herramienta más, con valor propio.

[2] https://www.ted.com/talks/stella_young_i_m_not_your_inspiration_thank_you_very_much?language=es
[3] https://www.diagonalperiodico.net/cuerpo/25082-esterilizar-la-diferencia-practica-legalizada.html
[4] http://www.yeswefuck.org
[5] https://asistenciasexual.org

Ecofeministas en el baño turco, hackeando a Ingres

Alhama Molina

Amor no romántico, amor erótico

Irene Hernández Arquero

Este artículo surge de la necesidad de reflexionar sobre las complejidades del amor después de leer en San Valentín todas las críticas hechas al amor romántico. Para escribirlo me he basado en algunas nociones de la Sexología Sustantiva[1]. El romanticismo como valor aplicado al amor necesita de una crítica porque la eternidad y absolutismo de virtudes que predica son una mentira. Nada es eterno y el amor tampoco. Nada es totalmente luminoso y enriquecedor al cien por ciento. En el amor pasa igual: el amor nace, crece, a veces se reproduce y luego muere, o se transforma. Pero otro amor es posible: el amor erótico.

Mientras en el amor romántico el motor es la idealización del amor, en el amor erótico lo son los deseos, y véase que decimos *deseos* en plural, porque suelen ser realidades muy complejas y variadas. El amor erótico es un proyecto compartido, es un camino deseado, no impuesto y construido en lo cotidiano con luces y sombras, con límites, con goces pero también con esfuerzos, a partir de una decisión mutua y explícita de durar. Amor sin idealismos, sin quimeras sobre la felicidad o una duración perpetua, en construcción y diálogo constante.

Porque nos importa y muchas veces andamos perdidas, solemos buscar en modelos teóricos consejos e instrucciones sobre cómo conducirnos en este tema y volvemos la mirada hacia ideales políticos o modas que consideramos pueden ayudarnos. Esta actitud es muy común, pero a veces hace que olvidemos cuáles son nuestros límites y deseos más auténticos y puede acabar resultando ser una actitud dolorosa para nosotras, porque buscando normas nos olvidamos de nuestra escucha interna. Si las modas del momento –como el archiconocido, llevado y traído poliamor– dicen que lo bueno y deseable es tener varias parejas, pero tú no lo deseas de verdad y sólo te intentas adaptar como puedes, yendo en contra de tus tripas, a ese modelo teórico, lo vas a pasar muy mal. Porque los ideales y los deseos son cosas distintas, los deseos no se fuerzan ni se amoldan a lo correcto o incorrecto. No se amoldan a lo revolucionario o a lo convencional, muchas veces son una extraña mezcla de matices, únicos en cada persona.

Amor sin idealismos, sin quimeras sobre la felicidad o una duración perpetua, en construcción y diálogo constante.

Los deseos no se pueden forzar, podemos entrar a fondo en el debate de cuánto de construidos socialmente están o no, pero ahora no quiero meterme ahí, sólo quiero resaltar que una de las cualidades más importantes de los deseos es que son involuntarios e irracionales. Por mucho que te quieras convencer con argumentos, un deseo es de una forma y no de otra y presenta una lógica distinta a la de otras cualidades humanas. La razón no funciona como principio creador, los deseos nacen de otro lugar, nacen de la propia subjetividad y de la manera única de ser que tenemos cada una. Ningún deseo es igual a otro, ninguna persona desea igual que otra. Es decir, que por mucho que te intenten convencer de que lo bueno es que seas heterosexual y te lo quieran imponer de todas las formas posibles (como de hecho ha sucedido históricamente), si tus deseos están orientados fundamentalmente hacia el mismo sexo, no lo vas a poder cambiar sin sufrir. Es por eso que decimos que el carácter de los deseos es muy íntimo, complejo, único y sigue una lógica distinta a la normativa y racional.

Un concepto muy interesante es el de «peculiaridades eróticas», que explica que las maneras que tenemos de desear no se pueden clasificar en un catálogo de «parafilias» adosado al manual de diagnóstico de enfermedades mentales, el DSM[2], porque son formas únicas del deseo humano. La sodomía, el sado, el masoquismo, el *bondage*, el *vouyeurismo* y un largo etcétera son expresiones del deseo que en cada uno y cada una de nosotras pueden manifestarse con cualidades y grados diferentes. Y no son susceptibles de ser clasificadas en cajoncitos de etiquetas «conductuales».

Decir lo que se «debe» hacer, qué es lo correcto e incorrecto, muchas veces nos confunde más de lo que estamos. Sólo aconsejo que escuchemos más nuestros deseos y hagamos menos doctrinas con ellos, aunque a veces no vayan en consonancia con las modas o seamos menos coherentes con nuestros planteamientos políticos de lo que nos gustaría.

Cumplir con normativas teóricas es un callejón con pocas salidas, porque, en la erótica, lo que venga impuesto, ya sea el poliamor, la heterosexualidad, la exclusividad o un largo etcétera, puede conllevar sufrimiento. Además es una romantización de los marcos teóricos, porque nos lleva a actuar respecto a ellos como si de catecismos se trataran, dejando en un segundo plano nuestra realidad y circunstancias únicas e inmediatas.

Saber lo que una desea, con tanto mandato ideológico por todos lados, es muy complicado. El «deber ser» es un atropello cuando se habla de deseos, erotismo o amor.

Sigamos luchando por conquistar derechos para que todas las opciones eróticas y amorosas sean igual de respetadas, pero no nos olvidemos de que en los deseos no manda la misma lógica que en el terreno de los derechos. El terreno de la lucha y los derechos es el social, donde rige la razón y el debate de las ideas. Sin embargo, los deseos parten de nuestra identidad subjetiva y no es tan factible amoldarlos a las normas, sean las que sean. Los derechos se conquistan en base a esa necesidad, pero no al revés, los derechos no pueden imponerse como deseos. Por ello, apuesto por poner de forma más frecuente el foco en nuestra subjetividad y escuchar cuantas cosas tiene que decirnos, para amar como queramos hacerlo.

[1] La sexología sustantiva es aquella que estudia el Hecho Sexual Humano, sus campos conceptuales y sus planos de individuación.

[2] El DSM es el Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales (en inglés, *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders*, abreviado DSM).

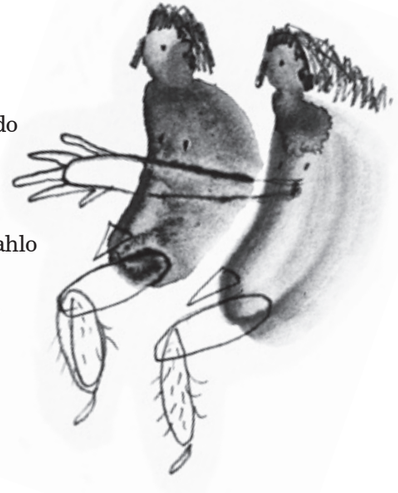
Descolonizarnos el deseo

Jacarandá Disidente | Bitxo

Follarnos en vuelo
como libélulas
arrancarnos la cabeza
como mantis religiosa.
Que el cuerpo hable
lo que la mente dispersa.
Comernos más el coño
y menos el tarro.
Tragarnos los pelos
y escupírselos al patriarcado,
a la esclavitud de ser depilados.
Meternos los dedos
sacarnos los complejos.
Que nuestros cuerpos
dejen de ser un campo de batalla
para devenir
territorio de placeres decoloniales
por descubrir.
Ser reflejo,
simbiosis.

Saciarnos la sed de la otra
con el flujo de nuestro oasis.
Leernos en braille con la lengua
piel entera,
zona erógena sin fragmentar.
Jugar,
que de eso se tantra.
Tetris de posturas
que la imaginación fluya.
Cagarnos de risa,
la seriedad para la misa.
Fumarnos un piti en la cornisa
volver a recostarnos
para tocarnos un Re La Mi Do,
y relamernos tras habernos comido
en esta *jam session*
de goces improvisados.

Decirnos *te cielo* como la Frida Kahlo
y hacer cucharita
porque si no podemos ser tiernas,
tu revolución no nos interesa.



El tiempo derrota al imperio de la libido

celia garcía lópez

El tiempo derrota al imperio de la libido, cuando los cuerpos se agrupan bajo el mismo techo, ahora sólo nos queda esperar la siguiente oleada o que todo cambie, ya por fin, y el mundo se reordene una y otra vez, una y otra vez y entonces no habrá orden, sino movimiento.

Primera y última fase o de cómo sobrevivir a la furia uterina. No sabría *explicar con palabras de este mundo*, sin caer en meros acercamientos simples, *sin que partiera de mí un barco llevándome*, a qué refieren esos momentos iniciales, tiempo no determinado; donde todo encaja según lo que se espera, y es deseo sin contención el encuentro de los cuerpos, mónadas en perfecta armonía bajo los preceptos de la Norma.

Palabras clave: deseo, lluvia, carne.

…Abro puntos suspensivos, que son representación del tiempo que acaba venciendo, de la épica de la batalla que, aunque sea larga, necesita del reposo para ser.

Cierro los puntos, avanzo en el relato de la rutina y el debería, me voy al otro lado del discurso, intento afrontar de modo objetivo científico el decaimiento del deseo sexual, la justificación del reproche que una se hace a sí misma en esa idea absurda y plenamente neoliberal de tener que dar la talla, de estar activa, de mantener la pasión, de vencer la rutina, las prisas y lo nimio de la vida que se impone como maza, y seguir estando bajo el mismo techo.

El concepto de amor neoplatónico, colonizador universal, y sus mandatos sexuales dejan su huella en la culpa y corren como linces entre los siglos de las mujeres y su relación con el miedo. En la noria de la vida, unas veces arriba... otras, ya se sabe.

No estoy preparada para escribir sobre esto, hundo mi pecho en la cama esperando que se acabe el tiempo de los lamentos, me resigno a volver a la pantalla, avanzo silenciosa por el bosque de la desidia, que es pereza o abandono, exactamente el tema de este texto. Mi madre siempre dijo de mí que me podía el exceso de drama, ella sortea buenamente los envites de la vida: le gusta Epicuro y hacer muchas cosas.

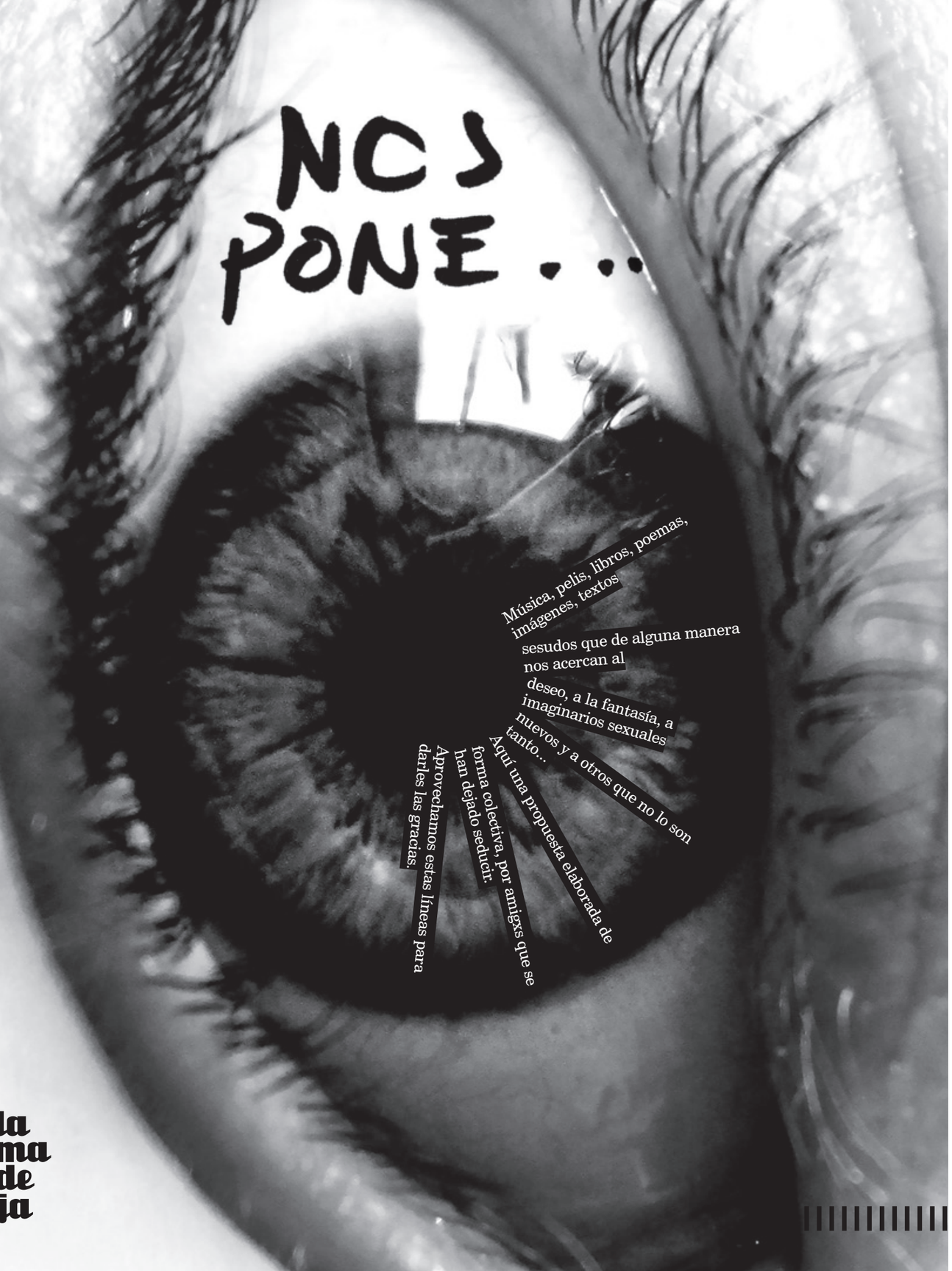
Morir en el intento y resucitar tantas veces como sea necesario.

Entre un punto y otro de los que componen la marca ortográfica suspensiva no hay vacío, es el espacio detenido que sostiene el orden, la materia, es la ausencia de caos, así que entre un punto y otro podríamos hablar del sistema, del capitalismo esquizofrénico que como hidra embravecida habita dentro de cada unx de nosotrxs –como cosa natural– o eso parece, y así. En ese espacio que ordena y manda, se ve cómo el circuito interno que contrapone actividad sexual *versus* frustración, y que funciona como motor y polaridad de la historia que nos interesa, es un mandato esquizoide.

Ni siquiera aceptando las leyes de la Naturaleza, que la sociedad impone como únicas y verdaderas, hay descanso en el tiempo del capital para los placeres carnales a largo plazo, mucho menos en una casa habitada por un nosotrxs que es carne y es razón al servicio de los posibles contratiempos.

Ni siquiera aceptando los mandatos de la convivencia pacífica, pasados unos años, abunda el tiempo para aquellos placeres que requieren de cierto sosiego, de cierta ausencia de precariedad y que no se basan en la lógica de la acumulación, o no necesariamente.

Me gustaría cerrar el texto hablando de los intentos, de las posibilidades, de las soluciones complacientes para salir de la rutina, buscar las maneras, hacer lo posible para resistir al tiempo y a sus desgracias mediadas, pero no, no lo voy a hacer, frente a eso sugiero camas separadas, espacios refugio, animales, sugiero desdramatizar, desplatonizar; también sugiero abrazar a la hidra, reír con ella, hacerle burlas, aunque nos cueste; que la vida provea y que nosotras lo veamos.



PARA SENTIR

El amante (Marguerite Duras) [libro] ● **Sexual healing** (Ben Harper) [canción] ● **No ordinary love** (Sade) [canción] ● **Short bus** (John Cameron Mitchell) [película] ● **Angel** (Massive Attack) [canción] ● **La vida de Adèle** (Abdellatif Kechiche) [película] ● **Stil** (Acid Arab) [canción] ● **Delta de venus** (Anais Nin) [libro] ● **Thérèse et Isabelle** (Violette Leduc) [libro] ● **Amsterjam** (June Marieezy & Fkj) [canción] ● **El relámpago en la habitación** (Marina Tapia) [poesía] ● **Beat And The Pulse** (Austra) [canción] ● **Go drag!** (Diane Torr) [artes visuales]

PARA PENSAR

Emmanuelle (Just Jaeckin) [película] ● **Häxan** (Benjamin Christensen) [película] ● **Aurora de sangre: vida y muerte de Hildegart** (Eduardo de Guzmán) [libro] ● **Autobiografía de una mujer sexualmente emancipada** (Alexandra Kollontai) [libro] ● **Nymphomaniac** (Lars von Trier) [película] ● **Acción Travesti Callejera Revolucionaria. Supervivencia, revuelta y lucha trans antagonista** (Sylvia Rivera y Marsha P. Johnson) [libro] ● **La sexualidad femenina de la mujer** (Marie Bonaparte) [libro] ● **Trokut** (Sanja Ivekovic) [artes visuales]

PARA JUGAR

Poema de coño azul (Isla Correyero) [poesía] ● **Nos hagamos cargo, Lo que me gusta a mí, Lo que las mujeres quieren** (Chocolate Remix) [canciones] ● **Diario de una ninfómana** (Christian Molina) [película] ● **Hal (**Yasmine Hamdan) [canción] ● **Woman on the Edge of Time** (Marge Piercy) [libro] ● **Phenomena** (Yeah Yeah Yeahs) [canción] ● **Queerporntv** [porno] ● **Habitación en Roma** (Julio Medem) [película] ● **Anarquismo y otros ensayos y Viviendo mi vida** (Emma Goldman) [libros] ● **Sexo para uno. El Placer del Autoerotismo** (Betty Dodson) [libro] ● **Yo misma: historias de mujeres que se masturban** (Julia Flurín) [artes visuales]

LO +TOP

XConfessions (Erika Lust) [porno] ● **Vamos a follar hasta que nos enamoremos** (Ana Elena Pena) [poesía] ● El **Diario de Anaïs Nin** (Anaïs Nin) [libros] ● **Jodida pero contenta** (Buika) [canción] ● **Las edades de Lulú** (Almudena Grandes) [libro] ● **O.R.G.I.A** (Annie Sprinkle) [artes visuales] ● **Estoy más buena que Dios** (Alba .G) [poesía] ● **Diccionario de las amantes** y **El cuerpo lesbiano** (Monique Wittig) [libros] ● **El arte del cunnilingus** (Alison Stevenson) [artes visuales]

LO QUE A ALGUNXS SÍ... Y A OTRXS, NO TANTO

Confesión de una antigua prostituta y **El carnet negro** (Grisélidis Réal) [libros] ● **Lucía y el sexo** (Julio Medem) [película] ● **La insoportable levedad del ser** (Milan Kundera) [libro] ● **La pasión turca** (Antonio Gala) [libro] ● **Para algunas cosas fui una niña precoz** (Miram Reyes) [poema] ● **Buenos días, tristeza** (Françoise Sagan) [libro] ● **Ellas** (Malgorzata Szumowska) [película]

¿Bailamos?

Entrevista a 3

LAURA: soy bailarina de Danza Oriental Duende, trabajo con mujeres a través del movimiento y la danza; y todo el tiempo estoy estudiando todo lo que puedo: llevo varios años formándome en la escuela de Danza Duende, empecé con Teatro de los Sentidos y tengo muchas ganas de seguir estudiando Danza Contemporánea. Aparte, siempre me ha interesado el acompañamiento en procesos vitales, sobre todo con mujeres.

MARÍA: soy sexóloga y feminista. Trabajo con mujeres en situación de violencia machista. He diseñado junto a la bailarina Kim Jordan *Viaje al centro del placer*, un espacio de educación sexual y trabajo corporal para mujeres que pone a dialogar disciplinas tan diferentes como la sexología y el *twerk*, donde, además de tener en cuenta la estructura patriarcal en la que todas y todos actuamos, podamos sacudir algunos prejuicios y, al mismo tiempo, aumentar el placer y la alegría. Me gusta decir que nuestros cuerpos no sólo son campos de batalla, sino también un lugar para la voluptuosidad y el placer.

YINKA: Soy una londinense de descendencia afro-caribeña que lleva los últimos 10 años de su vida en España. Cuando me propuse mudarme a Madrid, ¡lo único que quería era aprender a bailar por bulerías! Después de 5 años allí y casi otros 5 en Sevilla, sigo en ello. No me imaginaba entonces que se convertiría en una búsqueda tan compleja y enriquecedora.
El flamenco me ha ayudado a entender que mi cuerpo tiene la necesidad de contar cosas.

María Cabral con Kim Jordan. *Foto de Lucía Herrero.*

¿Cómo descubriste el baile y qué crees que te ha aportado?

L| En las fiestas de mi familia siempre se ha bailado y de pequeña y adolescente bailaba mucho sola. Empecé con 9 años patinaje artístico en el pueblo donde vivía. Y más tarde, con 19 años, comencé en una escuela casi por casualidad. La danza me ha aportado mucho desde niña: conocimiento de mi cuerpo y de mis emociones, mucho disfrute, constancia, encuentros, compromiso y una herramienta de transformación personal y social en mi pequeño entorno.

M| Descubrí el baile en mi propia familia, gaditana y en parte de origen gitano. La búsqueda de lo común, de la alegría y de la celebración a través del baile estuvo muy presente en mi infancia. Esta experiencia temprana de entender el baile como una manifestación del propio cuerpo en la comunidad y de su estrecha relación con el mundo de Eros, entendido como fuerza de vinculación con lo Otro, me causó un fuerte impacto y también algunos conflictos característicos de una identidad conformada en la *hiancia*. Todos somos seres traumados, porque el simple hecho de pasar por el lenguaje ya implica un trauma. Y menos mal, porque sin herida, no hay deseo. De ahí se deriva el haber mantenido con el baile una relación ambivalente: por un lado, no puedo prescindir de él porque me aporta mucha alegría; por otro, he probado con varias danzas –danza del vientre, el flamenco y el *twerk*–, pero mi práctica nunca ha sido constante. Algunas danzas encierran desde mi punto de vista una ocasión única de expresión de lo femenino y no puedo evitar sentir una suerte de fascinación por algo que se me revela tan complejo: ¿qué es lo femenino?, ¿qué es ser mujer? Explorar esos límites a través del cuerpo es maravilloso.

Y| Llevo bailando desde que soy muy pequeña. Mis padres me cuentan que cuando vivíamos en Nicaragua (yo tendría unos 4 años) fuimos al Carnaval de BlueFields, la ciudad con mayor población afrodescendiente de Nicaragua y que, cuando volvimos a casa, yo les enseñé paso a paso todos los bailes que había visto. Desde aquel día me pusieron en clases de baile. El flamenco sin embargo lo descubrí muy tarde, cuando estaba en la Universidad. El baile siempre me ha traído felicidad, mi cuerpo siempre ha buscado expresarse a través de «esa cosa» que ocurre en el cuerpo cuando una música suena. Para mí, el flamenco es un viaje de autoconocimiento, en un mundo del que a veces me siento ajena en cierto modo.

Laura Bailón. *Foto de Zarzel.*

¿Cómo crees que influyen la cultura y la clase social en nuestra relación con el baile y en general con el cuerpo?

L| La cultura es inseparable y condiciona nuestra biología. Las creencias que aceptamos y aprendemos las llevamos prendidas y enlazadas a nuestra realidad corporal, por eso creo que a veces es tan trabajoso transformar creencias culturales que no queremos o que nos hacen incluso daño. Esto se ve reflejado en el movimiento y en el baile. En el movimiento se refleja nuestra historia personal y también social. Creo que no bailaría de la misma manera si me hubiera criado en otra cultura. También creo que el baile puede acercar y comunicar realidades culturales y

corporales distintas. Creo que la clase social influye sobre todo en los privilegios, en la posibilidad de acceso a formación y experiencias.

M| De forma general, en Europa se entiende que todos los bailes que implican un movimiento de pelvis tienen que ver con lo primitivo, lo africano, lo salvaje y lo sexual. En definitiva, eso que Europa ha necesitado dominar y rechazar para constituirse. Y lo detesta porque choca con una moral puritana que ha querido reducir el sexo a lo que contamina, oprime o reprime. Mucha gente rechaza bailes como el *twerk* o el perreo porque lo consideran sexista, o incluso muy sexual. Creo que también da cuenta del racismo y el clasismo que destilamos a veces en nuestras interpretaciones del hecho sexual. Nos cuesta ver a la mujer (blanca) como un sujeto sexual y deseante. Incluso desde determinados discursos feministas, para denunciar la cosificación del cuerpo de las mujeres, se acaba restando agencia a las propias mujeres, a quienes se considera objetos sexuales al servicio del deseo masculino por bailar o vestir de una determinada manera. Esta idea se sostiene bajo la creencia de que las mujeres son las responsables del deseo masculino, y es algo que aprendemos de pequeñas. Esto tiene consecuencias en la vivencia de nuestros cuerpos y nuestra sexualidad, interiorizamos la vergüenza y la misoginia. Las mujeres no sólo tenemos que consentir y decir *no es no*, tenemos que tener la posibilidad y el derecho a expresarnos como sujetos deseantes. Los ritmos no son machistas, lo son las letras, más allá del género musical. Y del machismo de las letras pocos géneros musicales se libran.

Y| ¡Influye en todo! Viví casi un año en Cuba, que es un lugar muy diverso étnicamente y donde la música y el baile están muy presentes en lo cotidiano. Allí vi claro que lo que entendemos por saber bailar, no es más que el grado de conciencia física y corporal con el que te has criado, que se expresa a través de una fluidez y una libertad en el cuerpo. Tenemos que dejar de una vez esos mitos de que la gente negra siempre sabe bailar. Lo que sí está claro es que hay un bagaje cultural que parte de África y que se extiende con la afro-diáspora, donde hay una inteligencia corporal que se expresa a través del baile.

Yinka Graves.
Foto de Camilla Greenwell.

¿Cómo dialogan, en tu opinión, el baile y la sexualidad?

L| La danza nos aterriza en el cuerpo, nos permite habitarlo y sentirlo de una manera más sensible. Solemos vivir muy desconectadas y distraídas de él. Es una pena que el baile no sea cotidiano en nuestra cultura. La danza es sensual en cuanto a que nos hace más conscientes de lo que sentimos y eso nos acerca a nuestra sexualidad, a la relación con nuestro cuerpo y con los cuerpos con los que nos relacionamos, nos ayuda a escucharnos y a escuchar. También creo que suele hablarse de la danza únicamente desde el bienestar, el placer y el divertimento; pero también conecta con la historia dolorosa de nuestro cuerpo y de la vida, esa historia está en el cuerpo también.

M| Si entendemos la sexualidad no como aquello que hacemos con los genitales para conseguir orgasmos o reproducirnos, sino como la manera única y singular en que cada persona vive el hecho de ser sexuado y sexual, tienen mucho que ver. El baile tiene que ver con la relación con el propio cuerpo y su expresión en la comunidad. Hoy hay un imperativo de gozo también para las mujeres que viene de perlas al discurso capitalista. La liberación como algo cuantitativo: más amantes, más orgasmos, más encuentros, más *matches* en Tinder. Seguimos llamando *disfunción sexual* a todo aquello que rompe la lógica de una sexualidad asociada al coito y a la idea de complementariedad de los sexos. De lo que seguimos sin querer saber nada es de la diferencia sexual y de las muchas formas en las que se expresa lo femenino de la sexualidad. Y digo *lo femenino*, porque mujer y femenino no siempre correlacionan, se puede adoptar una posición masculina siendo mujer y hay hombres que están en posición femenina.

Y| Ésta es una pregunta muy interesante. Hace tiempo, pasaba siempre delante de un club que tenía un cartel donde se leía: «el baile es la expresión vertical de un deseo horizontal». Sin duda, el baile es una expresión muy sensual pero no siento que la energía que desprenda tenga que ser necesariamente sexual. Creo que hay una línea muy fina entre las dos cosas pero no tiene que ser así. Toda la industria del *mainstream* musical se apropia continuamente de bailes que surgen en los ámbitos populares, donde lo sexual puede ser uno entre tantos matices. La industria pone lo sexual en primer plano y olvida tanto los otros matices como a la gente y el contexto original donde surgen. Ejemplos: Madonna con el *Voguing*, Nicki Minaj con el *Twerking*.

¿Qué conexión ves entre ese diálogo y los feminismos?

L| Entiendo los feminismos como un movimiento que trabaja por la libertad de la mujer y los cuerpos, entre otras cosas. Creo que eso no es posible si no habitamos el cuerpo, si no nos atrevemos a abrir nuestra sensibilidad y autoconocimiento. No creo que haya cambios sociales duraderos sin un cambio personal, y la danza puede ser una herramienta muy útil.

M| Creo en un feminismo que conecte con las chicas de barrio, y con ésas que igual no han leído ni a Federici, ni a Monique Waitting, ni a Butler, pero también tienen sus propias estrategias de resistencia en un mundo machista. Además, como decía Carol Vance: «el feminismo debe aumentar el placer y la alegría de las mujeres y no sólo disminuir su desgracia». Y no sólo eso, diría que el feminismo ha de ponerse más del lado de Eros. Mayoritariamente, oímos hablar de sexo para hablar de los peligros del porno, para condenar el trabajo sexual, para denunciar agresiones... Sin una apropiación de nuestra sexualidad, sin una aceptación de la diferencia que supere el esencialismo biologicista y sin articular una ética de lo común, lo tenemos crudo. Allí donde unas ven opresión, otras vemos a mujeres con mucho poder y mucha seguridad en sus cuerpos. Hay una brecha de clase clara entre un feminismo blanco de clase media alta y los feminismos periféricos.

Y| En uno de mis últimos trabajos, una pieza corta para *dotdotdot dance* llamada *'I come to my body as a question'*, intentaba contestar esa misma pregunta. ¿Desde dónde puede una mujer disfrutar de su propia expresión corporal? Siento que todo tiene que ver con la mirada del otro, con la interpretación deliberadamente sexualizada de algo que nace de otra intención. Siempre me ha sorprendido cómo el movimiento de las caderas, particularmente en la mujer negra, se marca automáticamente como sexual. Tomemos el *twerk* por ejemplo, uno de los bailes más liberadores y divertidos y que sin embargo, desde la mirada masculina, se ve sólo como una invitación sexual. Mientras exista esa obsesión por sexualizar el cuerpo de la mujer, que se ve todavía más con el cuerpo de la mujer negra y todos los estereotipos que la rodean, esto seguirá siendo así.

¿Nos invitarías a empezar a bailar?

L| Sí, sí y sí. Creo que cuando bailas desde dentro y desde fuera de ti, te llenas de vulnerabilidad y de fuerza, te das cuenta, divierte, duele, celebras, lloras y sientes que puedes romper muros y crear membranas. Bailar transforma.

M| Claro que sí, todas deberíamos poder bailar más a menudo. Pero también todos, creo que es una buena herramienta para trabajar con los niños y las niñas. Kim me contaba que, en sus clases con peques, puede ver cómo los niños a partir de una edad ya han interiorizado que determinados movimientos de pelvis son de chicas y, por tanto, no quieren hacerlos.

Y| ¡¡Siempre!! Me parece que el baile es una de las expresiones más honestas, divertidas y sanas que hay. De hecho, me fascina cómo, desde que un bebé nace y escucha vibraciones musicales su cuerpo, se mueve y remueve. Es casi una necesidad responder a la música, me parece una pena que vayamos perdiendo esta conexión con algo que realmente es parte de la expresión corporal como lo puede ser el andar.

Calentando la nube
(o hablemos de cibersexo)

Autoría colectiva

Brenda es la aplicación de contactos de lesbianas, bisexuales o mujeres curiosas más popular. Es rápida, intuitiva, sencilla y fácil de usar. 00.03h. Belle inicia, por primera vez, una conversación por escrito con Promethea. Chatean hasta las 03.34h. A las 3.54h. Promethea prepara para Belle una carta que dejará en una librería de la ciudad. Belle la recoge a las 19.05h. Desde ese momento, empieza una deriva poética por la ciudad. Belle deja una bolsa de cuero con un *pen drive* con poemas y grabaciones de su voz. Promethea se lo devuelve el lunes siguiente en el puesto de verduras de Mari Carmen, en el mercado de la calle Feria, con poemas e ilustraciones. Recogidas apresuradas y fugaces en la biblioteca de Alberto Lista... Durante un mes y medio, la conversación por *whatsapp* es diaria. No se conocen en persona. Van creando entre las dos un universo propio de pantalla a pantalla.

Mira, amiga, aquí un mensaje de cuando me decía esto y lo otro, que si las bragas, que si la piel, que si las ganas, que si las cosas que ya hicimos y las que podríamos repetir, las por inventar juntxs... y yo, tras esos primeros mensajes, roja como un tomate, escondiendo el móvil debajo de la mesa, como si con sólo ver la carcasa o la pantalla apagada, mi compañera de al lado pudiera adivinar lo que me estaba diciendo el que entonces me quería, y al que yo unas veces sí... y otras, pues, igual, no tanto. Qué sensación más excitante, cuando no había *chats* ni *whatsapp*, con *sms* y correos larguísimos nos encendíamos, y su casa a tres calles. Uy, no, no... vídeo, no, por favor ¡qué vergüenza!, si ni siquiera sabía cómo iba... Yo era más de leer y cerrar los ojos, dejarme sentir desde la imagen que me proponía... ¡Ah!, y la música, sí, sí... la música también, que cuando nos sabíamos tranquilxs jugábamos a escuchar lo mismo y a decirnos guarrerías de las que gustan, y eso era lo mejor, las palabras resonando en el adentro y la música empujando para no salir del juego. Ay, amiga, qué buena piel y qué gustito.

Cuando no ha pasado «nada» a nivel físico, cuando no hemos llegado a follar con los genitales, la llama se mantiene prendida todo el rato. Vibra el móvil y me siento inquieta, con la necesidad de saber quién escribe. Leo que eres tú, que me llamas para jugar, y la cabeza se me va de donde estoy, me entran ganas incontenibles de leerte otra vez, de contestarte, de pillarte antes de que dejes de estar conectada. Me voy al baño para empezar otra vez el juego, me tienes ahí. Vacilamos desde lo ambiguo, lo sutil (que después de un rato deja de serlo), nos encendemos y el deseo gana terreno, invade el cuerpo. En realidad, no hemos parado de follar en todo este tiempo. El poder de la imaginación es insuperable.

Ser cuasicuarentona y soltera en una sociedad bastante puritana y organizada en parejas y, encima, viviendo en un pueblo, exige reinventarse, encontrar otras formas de conocer a gente, de relacionarse… La primera vez que me metí en una aplicación de «ligoteo» fue un invierno bastante duro, no sé los meses que llevaba sin conocer gente nueva y sin echar un polvo, y no por falta de ganas, ni de redes, ni de salidas nocturnas a los bares… Una amiga me habló del tema y decidí animarme a pesar de mis prejuicios... Al principio sin foto, me moría de vergüenza sólo de pensar que alguien conocido pudiera verme, que me juzgasen como «desesperada», me resistía a presentarme con una foto como si de un catálogo de productos se tratara... Pero al final le quité peso y decidí que si quería jugar no valían medias tintas. Me gustó el hecho de no sentirme sola en esa necesidad de conocer a gente nueva. Conocerse a través de una pantalla limita la comunicación no verbal y supone una distancia física, extraña, incómoda. La distancia hace posible mostrar sólo algunas partes de ti misma, luces sin sombras. Puedes jugar con cómo quieres presentarte a la otra persona, con lo que muestras y con lo que escondes, aunque al final, si el juego termina en encuentro, decepcione, sorprenda o las dos cosas. Sentir los nervios y la ansiedad esperando el siguiente mensaje, la siguiente foto, el siguiente vídeo, a pesar de la constante falta de cuerpo. No voy a decir que ligo mucho más desde que decidí dar ese paso, pero tengo claro que en el mundo de las relaciones, los límites muchas veces nos los ponemos nosotras mismas...

Hace unos años, en una conversación tomando unas cañas, descubrí que mi pareja de entonces –nada dada a las relaciones abiertas– no consideraba «infidelidad» mantener una relación sexual virtual. Me sorprendió y me dio qué pensar. ¿Por qué no? Su explicación se basaba en que no había cuerpo. Supongo que quería decir que no había dos cuerpos interactuando en el mismo espacio, tocándose, intercambiando fluidos. No lo tengo claro, no quiso profundizar más. Tiempo después, la primera vez que me descubrí tonteando virtualmente con un amigo y me dejé llevar, aquella conversación volvió a mi cabeza: ¡claro que había cuerpo! El mío disfrutaba un montón con la excitación creciente, mensaje a mensaje, y llegaba fácilmente al orgasmo cuando nos invitábamos mutuamente a masturbarnos. Pero también descubrí que me encantaba esa nueva forma de follar que se basaba en el lenguaje y en las imágenes. No solemos llamar a eso *cuerpo*, pero ¿qué es, si no?

Machotes

Isabel Alba

9 años
Salen del colegio. Es invierno y, aunque sólo son las seis de la tarde, es ya de noche. La calle está desierta. De pronto, aparece el hombre. Se detiene delante de ellas y se abre el abrigo. Un pellejo largo, arrugado y feo, cuelga entre sus piernas delgadas y velludas. Al llegar a casa, se encierra en su cuarto. Está avergonzada, como si hubiera hecho algo malo. Durante muchos días, cada vez que cierra los ojos, ve esa cosa oscura y repugnante.

11 años
Pasa el verano con su mejor amiga. Una noche, su hermano mayor –tiene 15 años– se cuela en su cama. La toquetea. Le mete los dedos en la vagina. Ella se deja hacer. Sus sentimientos son contradictorios. Una mezcla de placer, rechazo, repulsión y miedo. Él vuelve todas las noches. El miedo y la repulsión se imponen sobre el placer. Quiere que se vaya. Quiere que no vuelva. Él se niega. Cuando por fin regresa a casa, siente un alivio inmenso, y también mucha vergüenza, como si hubiera hecho algo malo.

12 años
Está sentada en las rodillas de su tío. Él le hace bromas. Le dice que ya es una mujer. Le aprieta un pecho y añade jocoso, «si te han salido hasta tetitas». Ella se sonroja, mira a su alrededor avergonzada, nadie parece darle importancia. A partir de entonces, cada vez que ve a su tío, se acuerda. Nunca logra olvidarlo.

14 años
Es su primer novio. Caminan muy juntos, con las manos entrelazadas. De repente él se detiene, la aprisiona contra una pared y la besa. Nota algo duro pegado a su cuerpo y su lengua, húmeda y pegajosa, dentro de su boca. Le entran arcadas. Durante los días siguientes, le evita. Poco a poco, retoman la relación. Descubre que el sexo con los hombres tiene siempre dos caras. A partir de ese momento, las considerará inseparables. Atracción y rechazo. Placer y repulsión. Deseo y agresión. No hay lo uno sin lo otro.

16 años
Comprueba con sorpresa que las mujeres no dependen de los hombres para obtener placer. Creía que la masturbación era un privilegio masculino. Cosa de hombres. Sin embargo también ella puede darse placer a sí misma. Juega con su cuerpo. Experimenta. Lo redescubre. Se lo oculta a su novio. A sus amigas. Se siente culpable.

19 años
Se la chupa. Le gusta chupársela. Pero le da asco que se corra en su boca. Le avisa de que se apartará. Cuando llega el momento, él le sujeta con fuerza la cabeza por la nuca y se la empuja hacia adelante. Eyacula dentro de su boca. Siente asco. Y rabia. Sobre todo rabia. Se lo reprocha. Él se ríe. Sabe que en realidad le gusta, dice.

23 años
Son las cinco de la mañana. La música está tan alta que apenas pueden oírse. Se besan, se abrazan, se tocan. Está contenta y un poco borracha. Se restriega contra él y tiene un orgasmo. Al salir a la calle –el aire fresco le da en la cara– ya no tiene ganas de más. Está cansada. Quiere irse a casa. Se lo dice. «No puedes dejarme así», se enfada, «eres una calientapollas». Cede. Mientras él folla con su cuerpo, ella le contempla desde la distancia, «¡que acabe, joder, que acabe!».

29 años
Viven juntos. Son felices. Lo pasan bien follando. Pero hay días en que no tiene tantas ganas. Con el tiempo y la rutina el deseo ha disminuido. Él toma sus negativas como un juego. Insiste. Al final, siempre se deja hacer. Cuando terminan, él le reprocha su apatía, «para esto, mejor una paja».

35 años
Los dos tienen pareja. Una noche quedan en un hotel. A él no se le pone dura. Ella lo intenta de todas las maneras posibles. Es frustrante. Para ambos. Hasta que él se enfada y la culpa. Con su mujer nunca le pasa. Se levanta y se marcha.

40 años
Después de tantos años juntos, ya no le excita. Es un compañero, un camarada, un buen amigo. Pero son una pareja. Tienen que follar. Ella teme las noches. Cada vez, las manos de él buscando su cuerpo. Cada vez, las de ella apartándolas. Y aún es peor cuando se resigna y accede, tampoco se queda contento. No le basta con disfrutar. Necesita que también disfrute ella. La obliga a disfrutar.

Isabel Alba

44 años
Es un encuentro rápido. Sin juegos ni caricias. Él se corre enseguida. Cuando cierra la puerta, ella aún está excitada. Ni siquiera le ha preguntado si había acabado. Se siente humillada. Avergonzada. Sólo tiene ganas de ducharse.

55 años
Acaba de separarse de su última pareja. Un conocido del vecindario, mayor que ella, se empeña en invitarla a tomar una cerveza. Le dice que todavía está de buen ver. Que no es posible que esté sola. Que lo que necesita es un polvo. Ella sonríe incómoda.

59 años
Se siente satisfecha con su vida. Le gusta el sexo, pero no lo suficiente como para aguantar ya las imposiciones de un hombre. Le da demasiada pereza. A veces, se masturba. Le resulta muy placentero. Tanto como dormir sola.

63 años
Un tipo alto y grande, con una camiseta de tirantes y los brazos cubiertos de tatuajes, la mira con aire bravucón. Está borracho. Tiene la polla fuera de los pantalones y mea contra los contenedores. Ella suelta las bolsas de basura, se da la vuelta y regresa, a paso rápido, hacia su casa. Está asustada. Se siente avergonzada e indefensa. Como cuando era niña. Al llegar al portal, se para en seco, vuelve sobre sus pasos y le espeta a gritos: «cerdo, mamarracho, mal nacido». El tipo se sube rápidamente la bragueta y se aleja. Ella recoge sus bolsas y deposita cada una en el contenedor correspondiente. Sonríe.

El sexo inconsciente de los jóvenes

Isa Duque
(Psico Woman)

Paula, fundadora de la asamblea feminista del instituto Miguel Catalán de Zaragoza, en 2014, (casualmente el mismo al que iba la que escribe), tiene 18 años. Estamos grabando un vídeo* para recoger su testimonio y el de otres jóvenes sobre el proceso de creación de asambleas feministas dentro de sus institutos y sobre cómo viven la(s) sexualidad(es)*. Mira a cámara muy seria y dice: «Nosotras, por ejemplo, hemos descubierto súper tarde lo que es el clítoris y para qué sirve».

Trago saliva y pienso: «¿¿Tarde??». Y me doy cuenta de que, aún habiendo estudiado sexología, hasta mis 32 años y gracias a las reproducciones 3D del clítoris, no me terminó de quedar clara su anatomía. Me recorre un escalofrío que me emociona y me hace pensar que hay mucha esperanza en las próximas generaciones.

Entro en un grupo de bachillerato de un instituto de Granada, una alumna hace una presentación sobre el *squirt* o eyaculación femenina, he ido de apoyo. La profesora no entiende nada. Nada. Abre mucho los ojos y hace aportaciones sobre la mutilación genital femenina que, obviamente, no tienen nada que ver. Cuando termina, me acerco al grupo y tenemos un mini tallercito. Les digo que podemos hablar claro. Me interesa saber si sienten que sus encuentros sexuales son «igualitarios» y, aunque al principio les da apuro, poco a poco las chicas comentan: «El placer de los chicos está más valorado, muchas veces él se corre y yo no y ahí nos quedamos». Intento que hablen del autoerotismo, se miran pero no se manifiestan desde lo personal. En 11 años que llevo haciendo talleres en los institutos, recuerdo un único grupo donde una chica de repente gritó: «¡Pues yo me masturbo!» seguido de un aplauso del grupo y de muchas risas. El mini taller del *squirt* termina con una profesora desencajada que me dice que si puedo apoyarla los próximos años con la parte de biología, y con un grupo que se va viniendo arriba; tanto, que terminamos haciendo un *boomerang** mientras imitamos con la mano la técnica del «delfín» que me acaban de enseñar y que consiste en estimular varias zonas de los genitales femeninos a la vez.

En los últimos cinco años no he hecho casi talleres de educación sexual. Parece que hay un miedo generalizado a que lleguen a los centros educativos. Y, sin embargo, es el tema que siempre desean les jóvenes en las aulas. Y la excusa perfecta para hablar de emociones, consentimiento, roles de género, placer… Pero ha habido un retroceso en la cantidad y en la calidad de los mismos en nuestro país.

En los últimos cinco años no he hecho casi talleres de educación sexual. Parece que hay un miedo generalizado a que lleguen a los centros educativos. Y, sin embargo, es el tema que siempre desean les jóvenes en las aulas. Y la excusa perfecta para hablar de emociones, consentimiento, roles de género, placer…

Al consultorio de la Psico Woman* llegan dudas que me dejan #TodaLoca*… Algunas resultan muy prehistóricas. Quizá, lo que más me sorprende es la falta de conocimiento de las infecciones de transmisión genital*, también la exposición de las chicas a prácticas que no les apetecen pero que consideran «que se hacen cuando estás con un chico», o que no sepan ponerse bien el condón.

«Pero tienen acceso a toda la información, lo saben todo». Es la frase que más escucho cuando trabajo con familias. Pero, ¿a qué tipo de información tienen acceso?

Conozco a les *youtubers* más seguidos por les jóvenes, me sé todos los temazos que lo petan en Los cuarenta principales, sigo el *trap*, rap y reguetón. Veo los videoclips con las gafas de género. Y flipo. Me da la sensación de que cada vez los mensajes sobre los encuentros sexuales son más explícitos, violentos y cosificadores. Muestran unas relaciones donde ella se muere por estar con él sea como sea. «Ellos» tienen mucho poder, simbolizado en sus coches, fiestas y en todas las mujeres que les rodean. «Ellas» tienen… mmmm… pues básicamente muchas tetas, labios y pestañas. Y estén con quien estén, o si han dejado al protagonista, en realidad, se mueren por estar con el que canta.

Y hay porno. Mucho porno *mainstream*. Todes les entrevistades de las asambleas feministas hablan del porno como el gran medio que les socializa en el tema de sexualidades: «Creo que lo más importante es la comunicación. El silencio está muy erotizado en la cultura de la violación [...] y en la pornografía hegemónica no encontramos ni una palabra, ni media, cuando lo interesante es preguntar si te gusta, si estás a gusto…» (Paula, 18 años). «Nos venden una única forma de sexualidad, que va ligada a un pene dentro de la vagina. Nosotras reivindicamos que cada une tiene su propia sexualidad [...]. El hecho de reivindicar tu yo sexual es muy importante porque así niegas el patriarcado sexual y lo que nos vende la pornografía» (María, 17 años).

Pero, ¿y qué quieren les jóvenes? Ésta es la pregunta que más me interesaba hacerles, porque en ocasiones se produce cierto fenómeno: que hablamos de les jóvenes sin elles. Me sorprende lo claro que tienen todes la respuesta a esta pregunta: «Que nos hagan más caso [hablando de les adultes], que se sienten a hablar con nosotres, porque a veces les podemos enseñar cosas que no les han enseñado» (Daisy, 17 años).

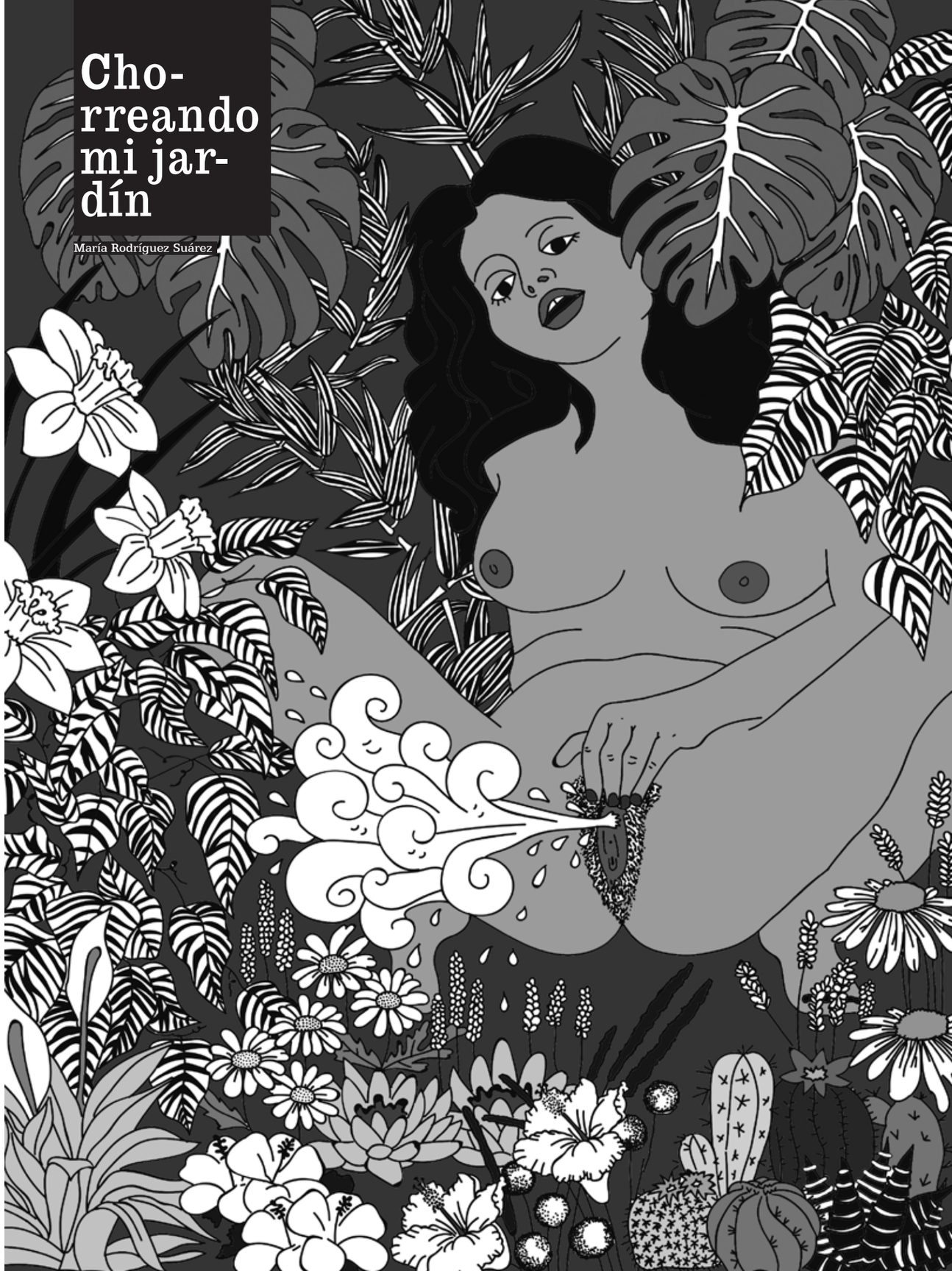
Y respecto a la educación sexual, ¿qué quieren les jóvenes? «Yo quiero que en las charlas se abran más, igual me gustan cosas que no sé que existen y en las charlas no nos las cuentan, no aprendo nada en ellas» (Yous, 16 años). «Que nos hablen de todos los tipos de relaciones que puede haber y no sólo las cisheterosexuales y también hablarnos de los dos órganos sexuales, que siempre hacen más hincapié en el pene [...] Nos dicen que no tenemos ni idea en el ámbito sexual y que no podemos opinar, pero es que os estamos dando ideas nosotres y no nos escucháis para informaros [...]. Yo estoy aprendiendo más en la asamblea que en todas las charlas que he recibido» (Noemí, 18 años). «Hace falta una educación sexual de calidad que ahora mismo no la encontramos, porque los padres, en general, o no tienen la formación suficiente o no encuentran la manera de transmitir, la escuela tampoco. Muchas veces lo que hacen en las charlas es meter miedo, asociar la sexualidad simplemente con la reproducción o a las ETS, no hablan de placer, no hablan de prácticas no heterosexuales, incluso, dentro de las heterosexuales, no hablan de otra cosa que no sea el coito. No hablan de masturbación, de sexo oral, ¡ni del clítoris!» (Paula, 18 años).

María me cuenta cómo justo esa semana hacen unas jornadas feministas de fin de curso (fuera del espacio del instituto). Han contratado a unas sexólogas feministas que les hacen un taller y ellas mismas proponen el resto de actividades, entre las que está escribir una carta a tu propia sexualidad o actividades de inclusión al colectivo GODI*.

La asamblea feminista del instituto de Paula ha sido la chispa para que surjan otras tres réplicas en varios institutos. Hacen charlas y acciones sobre feminismo islámico, interseccionalidad, talleres de feminismo para los primeros cursos de la ESO, realizan sus propias camisetas feministas frente a «la mercantilización del movimiento social que hacen las empresas textiles multinacionales que explotan a sus trabajadoras», o recaudan dinero para crear bibliotecas feministas en sus institutos*.

Si en mi época hubiera habido una asamblea feminista en mi instituto, ¿me hubiera unido? Seguramente no. Tenía cosas mejores en que pensar, como en el botellón de los sábados.

Todos los conceptos con * vienen explicados en la web del proyecto www.adolescenciasycuerpos.org, y en las redes de la Psico Woman (Youtube, Facebook e Instagram), donde también podréis ver los vídeos con los testimonios de les jóvenes. La Psico Woman es un proyecto artivista educativo creado para acercar la sexología y la psicología, desde un enfoque feminista, a les jóvenes. Podéis investigarlo en www.lapsicowoman.blogspot.com Si conoces ciudades y centros donde les propies adolescentes están creando sus espacios feministas, ¡me encantaría que me lo contaras! Escríbeme a lapsicowoman@gmail.com.



Chorreando mi jardín

María Rodríguez Suárez

De fantasías y jaulas

Olga e Irene García Roces y Patricia Dopazo Gallego

Una noche más, antes de dejarme llevar por el sueño, me tumbo, me pongo cómoda. Me gusta hacerlo en el sofá, le da un aire improvisado. Hoy tengo tiempo, no es tarde, puedo esmerarme un poco más que de costumbre; porque, entre reuniones, trabajo y asambleas, algunas noches no me quedan ni ganas… Pero hoy sí, hoy puedo, aprovecharé para currármelo más, sin caer en imágenes rápidas, voy a dedicarle tiempo, a mimarme. Las fantasías hay que trabajarlas, alimentarlas. Así que me preparo. Me tumbo, cojo el juguete nuevo, cierro los ojos, o no, los dejo abiertos, aunque me cuesta más concentrarme. Me quito las bragas, pero la camiseta no, me gusta empezar con ella puesta, me resulta más real.

Hace fresquito y el frío despierta mi piel atenta, expectante. Me acaricio las piernas, lentamente, desde los pies, subiendo con suavidad, sólo rozando con la punta de los dedos. Mi piel comienza a erizarse. Mientras, empiezo a buscar en mi imaginario. Busco historias, nada de imágenes rápidas, mejor relatos. Me encanta este momento de revisar entre mis fantasías y elegir una, con un principio, un desarrollo y un final. Nada de prisas. Varias historias ya gastadas vienen a mi mente… La de la inocente dama sorprendida por el elegante caballero en la enorme biblioteca, la del profesor de filosofía y el polvo en la mesa de su despacho, en el gimnasio la del trío con los fornidos «esquinetos», la del encuentro con la chica guapa del barrio, ésa de los tatuajes que me pone tanto. Pero hoy ninguna parece convencerme. Y, joder, estoy cachonda, tengo ganas… Aún así, esta noche ninguna es suficiente.

¿Por qué estes personajes? ¿Por qué siempre tan monos, tan monas, tan fuertes, tan fornides, tan esbeltes? ¿Por qué estas situaciones y estas estéticas tan predecibles? Estos ambientes, estas formas, estos cuerpos…

Sigo buscando mientras mis dedos se van colando entre mis piernas, siempre rozando suavemente, casi sin tocar, con el juguete ya preparado junto a mí. Imagino cuerpos, gemidos, sudores, lenguas, velas, luces y sombras, cuerdas… Imagino la sensación de ser dominada y cómo me excita. Ser yo quien domine, sentirme dueña de la situación, del otrx… Intento concentrarme en mis dedos, en cómo mi cuerpo va reaccionando a mis caricias, en mis piernas que se van separando, en el roce de las yemas sobre mi clítoris y en cómo la excitación va apoderándose de una parte de mí.

Pero vuelven las mismas imágenes y todo me parece lo mismo: tanto cuerpo normativo, tanta basura pornográfica. ¿De qué mierda está lleno mi imaginario erótico? Pues está hasta arriba de heteropatriarcado, ¡cómo no! ¿Cómo, si no, iba a seguir soñando con hombres fuertes, rudos, toscos y mujeres sexis de brazos largos tatuados? ¿Por qué historias tan normativas? ¿Por qué tanto machirulo? Toda la mierda de estereotipos machistas invade también mis fantasías. ¿Es que no tengo un espacio mío?

¿Qué me pasa? ¿Tendré algún trauma como para plantearme una terapeuta? ¿Podré mejorar mis fantasías si me leo el último libro de…? ¿Más porno feminista? ¿Tengo que hacerme un taller de eyaculación femenina que me libere? Puff, tanto tiempo de feminismos para que mi imaginación me traicione de esta manera…

Igual sólo necesito relajarme. Agota estar todo el día analizando lo que siento, acabaré volviéndome loca. Definitivamente, necesito nuevas referencias. Y es que tampoco se trata de autofustigarse con esto, el momento era para dejarse llevar. No es que quiera ni crea que deba ponerle límites a mis fantasías, pero, entonces, ¿ya está? ¿Me quedo tan tranquila y me dedico a hacerme pajas reproduciendo toda esta mierda? Siento que vuelo dentro de una jaula que me condiciona pero, ¿cómo salir de esta jaula? ¿Cómo liberarme de este mundo de mierda que nos rodea? ¿Cómo dejar el inconsciente a un lado y simplemente sentir?

Joder, pero si estoy muy cachonda… Si tengo ganas… Si, mientras me estoy cuestionando, siento la humedad que crece entre mis piernas… Si sólo quiero gozar un poco, un rato de relax placentero antes de dormirme, que siempre duermo mejor. De ése que sólo yo sé darme. Jodido tiempo, ¿será mejor hacerlo en plan rápido, pensar menos historias pa' no cuestionarme nada? Buff, creo que hoy no es el día…

Miro el reloj, ¡ya ha pasado una hora! Se acabó ese tiempo que tenía, ¡¡me cago en…!! Y lo peor es que, claro, al final ha pasado, he conseguido bajarme la libido a los pies…

De la femineidad racializada y su apreciación según el prisma del Orientalismo

Violeta Amina Benavidades

Principios históricos

Desde finales del siglo XVIII, durante los últimos albores de la Ilustración y las primeras revueltas liberales ocurridas a principios del XIX, se producen acontecimientos que modifican diametralmente el cariz de *lo contemporáneo*, influido por las revoluciones industriales de las sociedades europea y norteamericana y la colonización territorial y económica capitalista en otras tierras y sociedades de tradición no occidental.

Como fenómeno paralelo a esta industrialización masiva, el colonialismo y la imposición cultural y educacional occidental (primero de las élites aburguesadas de los países colonizados y después del pueblo en general), surge el Romanticismo, una corriente de índole intelectual y burguesa, artística; contraria a la rigidez europea que promueve el estudio antropológico (supremacista), la recuperación del patrimonio histórico-artístico y la fascinación por el análisis de las diferentes culturas orientales.

Los escritores y viajeros románticos, junto con los primeros funcionarios ilustrados franceses en Egipto, Siria y Palestina, sumamente deslumbrados por el Oriente, emprenden la génesis de lo que se conoce como Estudios Orientales u *Orientalismo*; y del *Arabismo*.

El Orientalismo

Es un fenómeno que nace del colonialismo y del desprecio estereotipado hacia el Oriente y el Islam, forjado desde las Edades Medieval y Moderna. Pretende ser un conjunto cientificista de estudios relacionados con lo que es propio del Oriente y observa los ámbitos de sus manifestaciones culturales. El Oriente se sitúa como *la otra realidad* con la que el Occidente se compara y rivaliza, como su antítesis.

Se encarga de elaborar *una* versión de los hechos históricos respecto a las motivaciones de dominación, hegemónicamente y sin ofrecer alternativas ni opciones a las necesarias y legítimas interpretaciones de parte de los verdaderos protagonistas de sus propios eventos históricos, arrogándose también el ordenar y ocupar el caudal histórico, historiográfico y cultural perteneciente a los pueblos a los que oprime.

El colectivo de mujeres racializadas bajo la visión del Orientalismo

Existen ciertos cánones impuestos por el colonialismo occidental hacia los grupos de mujeres árabes. Son el colectivo de personas racializadas más atrayentes para el occidental (ellas transmiten la cultura familiar y ésta conforma la cultura social), que se dedicó a enunciar hipótesis respecto a sus usos y costumbres, difundiendo un ideario *exótico*.

El occidental antes era autónomo y pudiente. Se relacionaba en un ámbito masculino de su misma clase social en el país colonizado y con los hombres racializados de clase popular y empobrecida, mediante relaciones de sometimiento y servidumbre.

Las mujeres y su mundo femenino se le manifestaban como un espacio hermético, acotado y celoso de sus costumbres. Aludían a éste de forma más bien fantaseada, pues raramente las mujeres de esa época y de esa parte del mundo eran o son propensas a mostrar abiertamente su intimidad, tradiciones ni hábitos a un hombre extraño y ajeno a la familia, occidental o paisano; más que los que se puedan entrever de manera circunstancial, de modo público o de mano de mujeres de un diferente sustrato étnico y/o de la clase alta, por lo general más capitalistas y menos religiosas y tradicionales.

Deducimos que los postulados con los que se conoce al orbe femenino racializado son producto de las interpretaciones que, mediante la vivencia personal deslucida (que generaba frustración al no poder invadir espacios cerrados con la libertad y la impunidad con la que acostumbraban a moverse los occidentales en el mundo árabe) y, sobre todo, a causa del prejuicio y el desprecio de una clase alta dominante hacia una clase baja sometida y tiranizada, dio como resultado una teoría masculinizada y etnocentrista-blanca sobre la feminidad.

Estos tópicos permanecen inmutables impresos en el ideario colectivo, como son: una sexualización y hedonismo femenino exacerbado por sus capacidades disolutas; atractivo físico imposible de soportar por un hombre (de bien) sin caer en el pecado; complacencia en compartir entre varias mujeres a un hombre mediante la poligamia (desaconsejada en el Islam, pero útil para compararla con la castidad y lealtad de la obediente esposa europea); concupiscencia en harenes misteriosos de ensueño, plenos de belleza estética pero también de suspicacia e intriga entre mujeres que guerrean entre ellas para conseguir el beneplácito del varón mediante sortilegios, ardides y tretas propias de gente sin moral (cristiana) y sin raciocinio; féminas prolíficas que paren decenas de hijos (aumentan la tasa de natalidad, algo peligroso en una sociedad a la que se somete); o un elenco de desproporcionadas y ofensivas manifestaciones religiosas, fanatizadas, extremas y anticuadas. Según los occidentales, las mujeres árabes y, de entre ellas, las musulmanas, deben ser liberadas de su acerbo cultural y religioso, que las deprime y subyuga.

Estos calificativos no son más que réspices nacidos del privilegio paternalista racial y económico, del desconocimiento y la falacia construida sobre un odio profundo hacia el Islam, la confrontación de la impoluta y opulenta sociedad europea con una sociedad (la oriental, la árabe) de origen étnico, cultural y religioso, supuestamente inferior y mucho más depauperada.

Por desgracia, esta amalgama de arquetipos han sido plasmados y reiterados de manera consecutiva durante generaciones, mediante la enseñanza de materias relacionadas con la historia, la sociología y la cultura general. Se han asumido por el colectivo humano. Por otra parte, igualmente sometido a todas las ideas que han impuesto los colonialistas, racistas y tiranos de los regímenes occidentales capitalistas, con la ayuda de sus adeptos y el funcionariado partidario, hacia las comunidades étnicas, religiosas y culturales diversas y minoritarias.

Wa salam.

Con-fesio-nes

Irene S. Choya

Bajo las sábanas, a veces, tengo miedo.
Y no es a ningún monstruo,
es a mí misma.
Exactamente,
a mi cabeza.

Sería mejor dejarla fuera de la cama,
tanto para dormir
como para jugar.

◇

Miedo a identificar amor con ser deseada.
Ser deseada frente a qué deseo yo, ahora, contigo.
¿Y si no tengo respuesta?
¿Y si la tengo y no la digo?
¿Tengo miedo a asustarte con mis fantasías?
¿O a no ser la puta en la cama que creo que esperas?
¿Sé de verdad lo que esperas?

Pero, ¿esto va de follar o de miedo a perderte?

Silencio.

◇

¿Y si lo que importa, en todo caso, es
qué quiero yo
si no noto el deseo en tus ojos
en tus manos
en tus besos?

Y si,
simplemente,
no me gusta cómo follas.

Ay, eso pone la pelota en mi tejado.
¿Qué espero yo?
¿Y qué pasa si mis expectativas no se cumplen?

◇

No nos engañemos:
aprendí a ser objeto.
De sus miradas,
de sus caricias,
de sus fantasías.
Es un juego
desigual.
Cuando creo que gano,
en realidad,
sigo mendigando
amor.

Es urgente
aprender
que no
necesito
aprobación.

◇

Y una y otra vez,
volver a evadir
la pregunta:
¿qué deseo yo?

Pero, ¿acaso existe un deseo que pueda llamar *mío*?

◇

¿Por qué no hablamos claro
de lo que nos gusta
y de lo que no,
de lo que nos da vergüenza,
de lo que querríamos probar pero nunca nos atrevimos,
de lo que sólo deseamos vivir en nuestras fantasías,
de los pequeños o estrepitosos fracasos que todas hemos tenido?

¿O es que hablar, hablarnos, es una desnudez
que no podemos permitirnos?
Quizá seguimos igual:
ni putas ni estrechas.
En la cama
tampoco se puede fallar.

◇

En el juego, está claro:
lo que importa es el juego mismo.
Se puede perder, interrumpir
e incluso modificar si todo el mundo está de acuerdo.
La clave es perderse en el proceso,
no tener expectativas.

Lo confieso:
lo que más valoro en la cama
es poder reírme a carcajadas.

El cuerpo que habito

Escritura desde la fisura sexo-género

Xeito Fole

El cuerpo que habito, práctica encarnada de resistencia a la normalización, visible e invisible simultáneamente, en concurrencia con la mirada de les otres que me descodifican en relación a los códigos culturales de normalización del género.

El cuerpo que habito, corporalidad de la disidencia desde mis primeros recuerdos, allá por los tres años de vida, incorporando prácticas Drag King sin saberlo, sin saberme; escondido en el lavabo para usar lazos como corbata.

El cuerpo que habito, eterna re/de/cons-trucción de mí mismo en relación. Subjetividad creativa.

El cuerpo que habito, nebulosa de gas y polvo gravitacional, caldo de materia, un proceso de fusión nuclear y explosión ahora convertido en estrella, irradio luz y calor.

El cuerpo que habito, una posición en el tiempo y una posición en el espacio.

El cuerpo que habito, fugitivo de la norma y los roles preestablecidos. Encarno masculinidad suave y blandita.

El cuerpo que habito, el cuerpo trans,
translúcido-transitorio,
en la múltiple encrucijada y sin camino definido,
sólo el camino que camino.

El cuerpo que habito, nombrado por mí,
desnombrado por el sistema,
soberano de mí mismo y mi salud,
no rentable para las farmacéuticas,
sin tratamientos de por vida ni pastillas para la felicidad.

El cuerpo que habito,
poiesis identitaria,
extasiado, me alejo de una posición para ocupar otra.
significante y significado.

El cuerpo que habito, a veces lugar incómodo, abocado a la constante autodefinición de género para ser llamado y reconocido.

El cuerpo que habito, masculinidad menstruante y ciclos hormonales que vienen y van,
cálidos/fríos como las estaciones.

El cuerpo que habito, a veces triste por sentirse fuera de lugar, no-lugar*,
a veces eufórico e inmenso por permitirme todas las posibilidades de ser.

El cuerpo que habito, materia, espacio y tiempo donde mi sexualidad cobra el sentido que me fue arrebatado.

El cuerpo que habito, a través del cual cada día me conozco un poquito más,
absorto mientras miro al cielo,
callado y en silencio,
contrapeso y equilibrio.

El cuerpo que habito, que toco, que siento, que pienso y que dejo en blanco,
reconciliado con mi pecho,
maravillado con mis genitales,
somos en perfecta armonía cuna de placeres,
individuales y compartidos.

El cuerpo que habito, sexualidad en tránsito,
disuelto en multiplicidad de prácticas,
invención de nuevas sensibilidades y nuevas formas de vida.

El cuerpo que habito y comparto contigo, en la celebración de nosotres, modificando los esquemas de deseo y placer; un amor que no entra dentro de la lógica del patriarcado neoliberal, no es hetero, ni homo, ni bi, no significamos más esas identidades, hace mucho tiempo ya quedaron desdibujadas.

El cuerpo que habito, el del corazón que late fuerte y la piel que se estremece,
fluir de energía, clímax y risas donde sucede lo imposible,
lunares que son constelaciones y universos con estrellas fugaces de imprevisto,
mientras acurrucades nos dormimos.

El cuerpo que habito, satisfacción-resistencia-creación,
vacío y lleno sincronizado.

El cuerpo que habito, revolución vibratoria de átomos sin sexo-género,
lo único que poseo con certeza en el mundo que habito.

El cuerpo que habito
soy
experimento
disfruto
vivo.

* No-lugar en su acepción como utopía. El término utopía deriva del griego *ουτοπία*, *οὐ* («no») y *τόπος* («lugar») y significa literalmente «*no-lugar*».

La restricción como libertad

Ana G. Borreguero

Cuerdas para explorar, cuerdas para comunicar, cuerdas para erotizarnos, cuerdas por placer, cuerdas y sexualidad, cuerdas íntimas, cuerdas exhibicionistas, cuerdas y BDSM[1], cuerdas para la sedición de los cuerpos[2].

Atar nuestros cuerpos y ponerlos en relación es una forma de defendernos, una forma de resistencia frente a unos estilos de vida marcados por intereses que capitalizan nuestros cuerpos y nuestras relaciones, también en lo que a sexualidad se refiere.

Nos atamos para constituirnos de manera autónoma en oposición a la hegemonía sexual convencional. Nos atamos construyendo posibilidades y visibilizando la existencia de relaciones que huyen de lo normativo.

Frente a la coacción del convencionalismo, ejercemos libertades *despatronalizadas*, elaborando una «construcción del deseo» entendida como proceso, apostando por la creación real de nuevas formas de placer que vayan más allá de dar rienda suelta a deseos ocultos[3]. Convertimos así la transgresión en un compromiso colectivo que desplaza las reglas impuestas, planteando, con respecto al placer, objetivos que dotan a nuestras expresiones afectivas y sexuales de una forma propia que explora el placer personal y compartido. Nos atamos para afirmarnos como fuerza creadora.

En el BDSM materializamos esa parte de nuestra intimidad y de nuestro erotismo que desea escenificar y excitarse con el dolor, la humillación, el intercambio de poder… consensuando la práctica y la forma en que se va a llevar a cabo nuestro deseo. Recreamos, escenificamos y nos excitamos con situaciones que, fuera de la negociación y del paradigma descrito, rechazaríamos (golpearnos, coaccionarnos, privarnos…).

Para elaborar nuestros códigos de juego es necesaria una escucha mutua y consciente que nos ayude a colocar nuestras necesidades y la aceptación de nuestros límites. Partiendo de la construcción de estos pactos, mantenemos una ética responsable y segura a la hora de ejercer y entregar poder.

En las prácticas convencionales no existe, a priori, ese pacto previo que sirve para consensuar bajo qué términos se va a producir la interacción y qué forma va a tomar lo que se va a hacer. Es, sin embargo, un punto especialmente importante dentro del BDSM. Y es que la negociación explícita ya es potencialmente erótica, y no, no es equivalente a los preliminares normativos, que ojalá dejaran de ser categorizados como tales.

Dentro de la sexualidad convencional y normativa parece que hay un objetivo mutuo aceptado, cuando en realidad no es así; ya que en numerosas ocasiones no ha sido explicitado y varía según las preferencias de cada persona, las interacciones, el momento en el que se esté y otro gran número de variables que hacen que ese *ponerse en relación* esté atravesado, no sólo por un flujo de sensaciones, sino por muchas decisiones que a menudo no estamos en igualdad de condiciones de evidenciar. La «meta», por lo tanto, no está tan clara. Sin embargo, se transforma en un deber, y todo el proceso para alcanzarla se llena de autoimposiciones que coartan nuestra capacidad de placer. Las prácticas son decisiones, es decir, se puede vivir algo a nivel mental y emocional, y decidir no llevarlo nunca al plano físico y relacional. Ese plano

[1] Siglas que recogen las prácticas que comprenden el *bondage*, la disciplina, la dominación, la sumisión, el sadismo y el masoquismo.
[2] *Cuerdas para la sedición de los cuerpos* es un proyecto personal que explora las posibilidades del cuerpo atado.
[3] FOUCAULT, M., CANCIO, M., & DE QUIROS, V. (1986), «Michel Foucault: El poder, el sadomasoquismo y el Estado». *Ábaco*, nº 1, pp. 77-81.

implica negociar. Sin pactos consensuados, no existe el BDSM.

Dejemos atado, pues, el deber de consensuar un código común y construir los protocolos y las normas que van a servir de sostén y base para poder desarrollar y catapultar nuestro deseo.

Por otro lado, partiendo de la norma, la deseabilidad sexual sólo la tienen unos cuerpos determinados (que se convierten así en portadores de privilegio) y, por lo tanto, otros quedan excluidos, marginados.

El cuerpo queda regularizado en términos de validez y las vidas, disciplinadas. Cumplir con el mandato, es decir, depositar el deseo y ejecutar lo que se espera dentro de lo formal, no nos reporta nada, sino la propia convivencia interna y disociada entre una actitud abnegada y la rabia que pugna por salir fuera del cuerpo. Nuestros cuerpos funcionan de manera diferente; los obstáculos vienen de fuera, incapacitando los cuerpos.

El BDSM, al salirse del paradigma de sexualidad hegemónico, plantea nuevas formas y posibilidades de placer. Gracias a la erotización de partes del cuerpo no habituales, se recrean otro tipo de situaciones e interacciones que resultan transgresoras. Los cuerpos y las identidades múltiples y diversas están así contemplados dentro de este paradigma y lo amplían.

Configuramos una modalidad de resistencia jugando a cedernos el poder entre nosotras, saliendo de nuestra propia dominación impuesta por el sistema heteronormativo y sus prácticas convencionales.

Nos atamos. Una actitud ética y de autocuidado en el terreno de nuestra sexualidad que nos lleva a explorarla, a emprender una búsqueda hacia el placer, a interrogarnos sobre lo que nos excita, sobre lo que somos al fin y al cabo en cada momento, conectando con nuestras inquietudes y deseos. Reconociéndonos…

La restricción de nuestro cuerpo atado nos permite adentrarnos en un nuevo estado. De esta manera vivenciamos ese nuevo cuerpo y encarnamos la transgresión como posibilidad de la desobediencia.

Sexualidades no normativas en las cárceles del franquismo: memoria de las presas políticas

Raquel Osborne

El franquismo impuso una fuerte represión política durante los años cuarenta y cincuenta, en una España depauperada. Las cárceles se abarrotaron tanto de presas políticas –que nunca vieron reconocido su estatuto de tales– como de presas comunes, sobre todo prostitutas y estraperlistas. La intención era mezclarlas a todas en una amalgama que degradara y diluyera a las políticas y de paso desbaratara su eficacia organizativa y de lucha dentro de la cárcel.

La miseria reinante, las duras condiciones de encierro y la necesidad de supervivencia, no ya física, sino también política, obligaron a las presas políticas –comunistas en su mayoría– a una férrea organización que incluía una negación radical de la sexualidad, propia o ajena. Por el contrario, y en un entorno de promiscuidad inevitable, no pocas presas comunes, con condenas mucho más cortas y sin una causa colectiva que defender, encontraban, en manifestaciones de autoerotismo y lesbianismo, el solaz que la situación de encierro les privaba, haciendo gala de ello ante la actitud negadora de las políticas (Osborne, 2009):

> Porque ni con la masturbación se transigía. A mí, la persona que más asco me dio fue una compañera de Segovia que hacía unas escenitas horribles masturbándose por las noches. Y te despertaba con sus espasmos... y oías que la funcionaria gritaba: ¡acabe ya, guarra, más que guarra! Y tú te preguntabas muerta de vergüenza: ¿sabrá al menos quién es? Porque se oía de una forma estentórea (García 1982: 147).

Ello podía comportar el chantaje de la dirección carcelaria, que las presas políticas no se podían permitir:

> Porque el lesbianismo se daba allí [en la cárcel de Málaga] con la cara y el pelo, [...] y la dirección las fue juntando a todas en una sala que decía la sala de los matrimonios (García 1982: 147).
>
> Las direcciones de las cárceles manipulan siempre ese vicio. Tener esa desviación sexual, o como la quieras llamar, implica estar trincado, agarrado y manipulado por la dirección. La dirección de las cárceles te lo tolera, pero te lo tolera a condición que les prestes los servicios que ellos necesitan [...].

Las presas políticas hicieron de la negación de toda manifestación gozosa de sexualidad –propia y ajena– una bandera de virtuosismo moral ejemplarizante.

> Porque, por ejemplo, aquí en Málaga las tortilleras estaban en la cocina, y la reclusión se moría de hambre. El rancho era malísimo, pero los bidones de aceite ellas los subían a la vivienda del director, las botellas de leche a la vivienda del director. Y no es que el director se lo comiera, es que lo vendía. Quiero decirte que también son estos precios los que hay que pagar (*Ibid.:* 153).

Por semejantes razones, las presas políticas huían y renegaban de estas expresiones como de la peste, y se pasaban la vida intentando desmarcase de las presas comunes: por un lado, para ver reconocida su condición de políticas y, por otro, porque sentían que, en la práctica, su vida de militancia cimentada en una severa disciplina obligaba a la mayor distancia posible de las presas comunes.

Las presas políticas hicieron de la negación de toda manifestación gozosa de sexualidad –propia y ajena– una bandera de virtuosismo moral ejemplarizante. Su permisión habría supuesto –siempre según el propio razonamiento de las prisioneras– su debilitamiento como colectivo fuertemente disciplinado y organizado clandestinamente dentro de las prisiones:

> Todas se habían endurecido y las cubría una segunda piel recia que no dejaba entrar en su interior las flaquezas bienhechoras. Rígidas y sectarias, siempre se pecaba por exceso, nunca por defecto de rigidez. Había una especie de pugilato en el «espíritu de sacrificio», en «dar ejemplo» (Doña, 1978: 280-281).

A las cuestiones identitarias y de eficacia organizativa, se unían la moralidad oficial y la intolerante mentalidad social propia de la época hacia ese tipo de expresiones de la sexualidad, lo que daba lugar al desarrollo de una rígida moral sexual por parte del movimiento obrero, y por ende, de las presas políticas.

La negación del derecho a un deseo sexual no normativo fue radical: no sólo lo criticaban en las presas comunes, sino que tampoco se lo consintieron a sí mismas, castigando duramente –y/o amenazando con hacerlo– a quien caía en la tentación del deseo prohibido:

> Entre nosotras, la camarada que caía en esto del lesbianismo se marginaba ella de por sí, porque sabía que la situación estaba planteada como que o una cosa u otra, pues entre nosotras no estaba admitida esta relación (García 1982: 146), [y] sólo cuando camaradas caían en esto lo discutíamos con ellas, y claro, a esas compañeras se las separaba inmediatamente del partido (*Ibid.*: 188).

Doña es, si cabe, más explícita: «Esos contados casos fueron lapidados e hicieron historia: la expulsión, el desprecio y el aislamiento las siguió por donde pasaban» (Doña 1978: 281).

Fue una estrategia para evitar la vulnerabilidad en condiciones extremas de represión. Además, de acuerdo con la mayoría moral de la época, les parecía una conducta indecente e impropia del modelo ejemplarizante que ellas proponían y trataban de encarnar como las negadas presas políticas que eran.

Su postura fue ciertamente de intolerancia hacia otras sexualidades que no eran las suyas, y eso hay que explicarlo y entenderlo, pero no negarlo o ningunearlo. Estas dos actitudes están vigentes en algunxs historiadorxs actuales que no consienten que las presas políticas, iconos de la resistencia antifranquista, se vean «ensuciadas» con cuestiones de sexualidades no normativas «impropias» de su honorable condición. Pero negar o silenciar la realidad expresada por las propias presas hace un flaco favor a estas aguerridas mujeres: fueron hijas de su tiempo, para lo bueno y para lo malo, pero no por eso dejan de seguir siendo unos modelos por su difícil lucha antifranquista.

Bibliografía:

GARCÍA, Consuelo (1982), *Las cárceles de Soledad Real 20: una vida*, Madrid, Alfaguara.

OSBORNE, Raquel (2009), «La sexualidad como frontera: militancia, supervivencia y negación del lesbianismo por parte de las presas políticas de los nazis y el franquismo», *Política y Sociedad*, Monográfico: Sexualidades y derechos en el siglo XXI, (coord. Raquel Osborne), Vol 46, nº 1 y 2, pp. 57-77.

DOÑA, Juana (1978), *Desde la noche y la niebla (Mujeres en las cárceles franquistas: Novela-testimonio)*, Madrid, Ediciones La Torre.

BARBA, David (2009), *100 españoles y el sexo*, Barcelona, PlazaGJanés.

Reflexión post vacacional

Nícola Duran Gurnsey

Vuelve a casa de vacaciones. Se reencuentra con su piso. Sí, Sonia se ha llevado sus cosas. Acordaron que cuando ella regresase ya no quedaría ni rastro de su paso por esa casa. Y así era. Una sensación de vértigo se apoderó de su cuerpo. Abrió una lata de cerveza y salió al patio a tomar aire. Las plantas parecían haber sobrevivido a los embates de las olas de calor. Parecía que sólo hacía falta un poco de agua para reanimarlas. Se sentó en una silla, dispuesta a realizar un segundo escrutinio del estado de degradación de su pequeño oasis, pero la fatiga teletransportó sus pensamientos hacia el pasado, justo cuando el foco de su mirada escaneaba una flor roja de hibisco. Instantáneamente, había viajado un par de décadas atrás. Quizá porque tenía que volver a empezar, conectó con la inseguridad de las primeras veces. De cuando dejó de negar sus deseos. De cuando asumió que los cuerpos de las mujeres le despertaban una curiosidad que no le suscitaban los de los hombres. Había sentido atracción por las mujeres desde antes de la adolescencia. Se dormía excitada imaginándose lamiendo, besando, acariciando o estrechando un cuerpo femenino. Desde muy chica había percibido y vivido la injusticia de ser privada de ciertos deportes, juegos, roles o actitudes sólo porque la sociedad en la que vivía necesitaba establecer categorías duales, en las que siempre uno de los objetos es el aventajado y el otro el perjudicado. Era castigada una y otra vez por actuar de forma *inesperada* ante lxs adultxs que la rodeaban. Ahora se preguntaba si aquellas vivencias marcaron un punto de inflexión en su sexualidad. Una atracción sin retorno hacia todxs aquellxs sujetxs desplazadxs de las posiciones centrales que otorgan privilegios. ¿Había vivido su sexoafectividad mediante la empatía desenfrenada hacia todo individux excluidx del sistema? No le gustaba relacionarse con privilegiados. No. Nunca le habían puesto los pavos con un físico sobresaliente

«Tributo a Zanele Muholi»
Carla Martín Salas

Había sentido atracción por las mujeres desde antes de la adolescencia. Se dormía excitada imaginándose lamiendo, besando, acariciando o estrechando un cuerpo femenino.

o con un talento deportivo inédito, sino las chicas a las que regañaban en el patio por ocupar los *corners* de la cancha de fútbol. O las expulsadas de clase por hablar *demasiado* o replicar por el exceso de deberes. Una vez, en un uso abusivo de su autoridad, la profesora de inglés echó a Mireia después de una acalorada discusión. La alumna estaba harta de cómo el profesorado se sorprendía de su alto rendimiento académico *a pesar de* tener la piel negra, tan oscura como la cámara que fabricaron en una clase de Física. Ella también fue expulsada minutos más tarde por solidarizarse con la moza. Recorrió el vestíbulo vacío hasta llegar a los baños y viró sin pensarlo hacia los asignados a mujeres mediante un icono *universal* que para nada reflejaba la forma y la indumentaria de las que solían utilizarlo. En aquellos tiempos no reflexionaba acerca de la absurdidad de eso. Una vez dentro, se detuvo en la puerta del baño y allí estaba Mireia, fumando. Se acercó hasta que sus

Se sintió privilegiada por la vida que había vivido. Su condición social, su barrio, su ciudad, su procedencia, le habían brindado la oportunidad de crecer arropada en un círculo rico y diverso de feministas, en medio de un activismo cultural incesante, provocador, irreverente, sanador y, de vez en cuando, autocrítico.

pies casi chocaron. La inclinación corporal de la frenada dejó los extremos de sus narices separadas tan sólo un centímetro. La otra la cogió por los pelos de la nuca y acercó su cabeza hacia ella para iniciar un ritual de engullimiento mutuo de bocas que llevaba tiempo precocinándose a través de miradas y roces en los pasillos. Las bocas se abrían y cerraban, las lenguas jugaban y se entrelazaban, sus cuerpos basculaban. Todavía recuerda vivamente, casi la siente, la excitación que sintió en el momento en que, después de unos minutos y previo desprendimiento de sus respectivos sujetadores, sus pechos entraron en contacto. Recuerda que se le cortó la respiración cuando la superficie de piel que cubre los pezones adquirió sensibilidad y cómo, después, ésta se conectó con su sistema nervioso y viajó hasta la uretra, se coló por las paredes de la vagina, se deslizó por el periné y se extendió por el ano. El clítoris soltaba palpitaciones. Entre todo aquél frenesí pudo percibir la humedad producida por los efluvios de su cueva meridional más prolífica, que seguían su cauce, manchando las bragas. Los dedos de Mireia se abrieron paso por el lateral de la prenda y no tardaron en hacer vibrar hasta el último músculo del conjunto pélvico. Un chasqueo de ramas la devolvió al presente, y con ello al estado meditativo. Pensó que ese encontronazo fue el preludio de un efímero pero productivo periodo juntas, de experiencias de ensayo-error, al que le sucedió un sinfín de amantes de cuerpos geométricos asimétricos y densidad capilar variada con las que compartió prácticas, inseguridades, posturas, dudas, utensilios, masajes, juegos, disgustos y cuidados. De pronto, se sintió privilegiada por la vida que había vivido. Su condición social, su barrio, su ciudad, su procedencia, le habían brindado la oportunidad de crecer arropada en un círculo rico y diverso de feministas, en medio de un activismo cultural incesante, provocador, irreverente, sanador y, de vez en cuando, autocrítico. Ella, a la que repelían los privilegios masculinos, gozaba de una zona de confort que la empoderó para ser quien era actualmente. Gracias a ello y a la red informal de conocimiento de la que formaba parte, había encontrado herramientas para desaprender la sexoafectividad adquirida y reformularla con experiencias eróticas, sexuales y emocionales de relaciones entre cuerpos socializados como mujeres. Una construcción empoderada de su identidad en un mundo heteronormativo. Saberes sobre su cuerpo y decisiones acerca de sus placeres que no se encuentran en las instituciones. De repente, sintió una gran paz interior. Se sentía fuerte para afrontar la nueva etapa que empezaba.

De la presión del orgasmo o de cómo aprender a disfrutar del proceso

A.C.A.B.

Tuve mi primer orgasmo con 21 años. Antes, no sabía qué era un orgasmo, qué se sentía, si lo estaba teniendo o si me estaba quedando a las puertas. Y, en realidad, llevaba manteniendo relaciones sexuales desde los 13, pero desconocía las sensaciones que conllevaban orgasmar. Fue sobre todo entre los 15 y los 17 años, cuando me dediqué a leer artículos y libros, y empecé a preguntar a mis amigas, a mis parejas sexuales de entonces (en aquella época, tíos), pero nadie me aclaraba qué tenía que sentir exactamente para saber si el placer que yo experimentaba era un orgasmo o no. Con el tiempo, me di cuenta de que lo que me faltó fue que me dijeran: «si tienes dudas, es que no lo has tenido». Porque, para mí, así fue, cuando lo sentí, no dejó lugar a dudas. Lo tuve claro.

Lo que sí hacía con 15 años era eyacular (sin saber, claro, qué era lo que emanaba de mi coño). Hasta que un chaval me dijo con cara rara que ese líquido que salía de mi vulva no lo había visto nunca (él, que era un tío experimentado). ¿Será pis?, me pregunté... Creo que no me llegó a decir nada más. Sólo que nunca había visto nada parecido en su vida. Era algo basante extraño... Y, desde ese momento, hasta los 22, no volví a reapropiarme de esa práctica ni de ese placer. Pensaba que, al no ser común, igual me estaba meando, y eso me avergonzaba. Por si acaso, lo cortaba, al principio, algo más conscientemente, y luego ya de manera casi inconsciente. Había taponado mis glándulas de Skene yo solita, por voluntad propia (la cabeza tiene mucho que ver en todo este artículo). Fue en un taller de eyaculación femenina

de Diana J. Torres cuando me di cuenta de que me había autocensurado ese disfrute. Y desde ese momento, son pocas las veces que no eyaculo a chorros.

Vuelvo al principio: tuve mi primer orgasmo con 21 años, tirada en el sofá, mientras me masturbaba con mis manos. Cada vez iba sintiendo más excitación, no cesaba, cada vez que volvía a presionar mi clítoris, aumentaba el placer, no podía parar, estaba experimentando una sensación mucho más intensa que en otras ocasiones, seguí haciendo lo que mi cuerpo me pedía, y exploté. No me lo podía creer, daba saltos de alegría (literalmente hablando) por haberlo sentido por fin. Llevaba años sin haber llegado a ese punto, sin saber. Fingiendo (el orgasmo, que no el placer). ¡Qué liberación!

Por aquel entonces me estaba liando con varias personas, pero con ninguna tenía demasiada confianza y decidí no contárselo a nadie, ni a mi mejor amiga. Me lo quedé para mí y lo escribí en un cuaderno. Sentía que a esa edad ya llegaba tarde al «descubrimiento». Esa hazaña no me dejaría en buen lugar, pensé. Y me la guardé bien adentro.

Aunque había tenido ese orgasmo sola, conmigo misma, no conseguía tenerlo con mis parejas sexuales. Pensé que era cuestión de tiempo, que vendría, y no me ocupé demasiado de ello. Además, me sentía culpable por haber fingido tantos años, pero creo que, como ya estaba tan metida en esa lógica, en esa forma de hacer, no conseguía salir de ahí. El orgasmo entonces empezó a tener un peso muy grande en mis relaciones sexuales. Creí que, al haberlo sentido, todo sería más sencillo y fluiría mejor, disfrutaría más. Pero nada más lejos de la realidad. Al haberlo experimentado, era consciente de todas las veces que no lo hacía, y eso me generaba frustración. No era capaz de decirlo, de comunicarlo, de explicar cómo me tenían que tocar, porque no lo sabía ni yo. Entonces, seguí fingiendo. Parecía mucho más fácil así.

En esa época se hicieron demasiado presentes todos los condicionantes sociales. Pensaba que, si tardaba mucho en orgasmar, sería un rollo para la otra persona, y sentía que había un tiempo «estándar» que tenía que cumplir. Yo me lo autoimponía y, si no me corría, entonces lo fingía para no agobiarme. No me ocupaba de mi placer e iba con intención de proporcionárselo a mi compañera.

Todo eso tiene relación con el deber de complacencia, tan tatuado en los cuerpos de las mujeres, y con el miedo al abandono. Vivimos en una sociedad sexocéntrica. Tengo grabado que el sexo es una pieza fundamental de la pareja y, si no va bien (no fluye perfectamente, sin complicaciones, si no es fácil correrse y no se produce el orgasmo en un tiempo estándar), quizás la otra persona se canse, se aburra, se fruste. Me deje.

Llegar al culmen en cada acto sexual se convirtió en una obligación, la presión del orgasmo como meta y objetivo prioritario me hacía olvidarme del proceso.

Parece que en la sexualidad «ya estuviera todo escrito»; que no vale patinar, no vale frustrarse, no vale hablar, no vale reír a carcajadas, no vale cuestionarse, no vale quejarse, no vale sentirse insegura, no vale tener miedo, no vale salirse de la norma. Cuando nos surgen otros conflictos en nuestras relaciones, somos capaces de pensar sobre ellos, dedicarles tiempo, tener miedo. Puedes sentirte insegura, quejarte, frustrarte, pero el sexo aparece en mi educación como terreno intocable, invariable, incuestionable. Tiene que ser de tal forma y tienes que funcionar de tal otra para que sea considerado buen sexo, para que todo vaya bien y la relación no se desmorone.

Durante la niñez he vivido experiencias corporales placenteras que no estaban centradas únicamente en lo genital, sino más bien en lo corporal. De pequeña no recuerdo si había orgasmo o no, pero sí que me escondía para experimentar ese placer, y que era muy intenso. Era muy excitante, pero sabía que lxs mayores no se podían enterar. Sabía de alguna manera que era algo que se tenía que hacer en privado y no hablar de ello después. Entonces, el objetivo era tener ese ratito para mí y jugar mientras me excitaba. Mi expectativa era únicamente que llegara el momento de la siesta y ponerme a mil jugando con mis muñecas.

Propongo volver ahí.

Erotizar nuestro cuerpo al completo. Que el disfrute sea la prioridad, que el proceso sea lo importante. Que no nos olvidemos de jugar, de reír, de experimentar. Que exploremos nuestro clítoris y aprendamos con él. Pero que también descubramos nuevas zonas erógenas, que nos exploremos una vez más. Y fantasear, imaginar, conectar con nuestro deseo.

Propongo salirnos de vez en cuando de lo genital. A veces, los polvos que más recuerdo son aquellos en los que no nos tocamos nuestras vulvas, los que fueron a base de caricias, mordiscos, besos, miradas, diferentes ritmos y presiones... He llegado a la máxima excitación con todo eso, he flipado y se me ha quedado grabado.

A todo se aprende. También, a tener orgasmos. También, a cómo tenerlos. También, a que eso no sea lo más importante.

Coñocimiento situado

Más allá de lo que nos dicen de nuestros coños

Carolina Checa Dumont

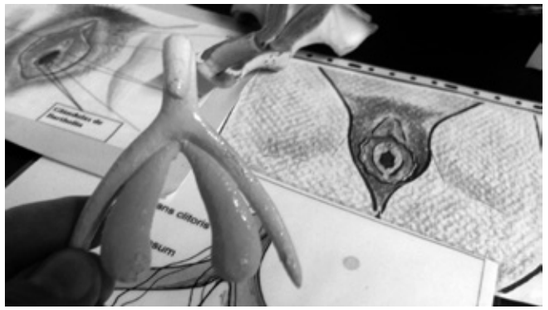
Un taller de autocoñocimiento es un espacio para compartir conocimientos y criticar todos los mensajes patriarcales, sexistas, machistas, invisibilizadores, crueles, paternalistas, etc., del sistema médico y de la historia de la ginecología. Es un espacio de autogestión de los cuerpos –*do it your self*– y de gestión colectiva –*do it with others*–. Un lugar de cuidado, aprendizaje, experimentación y posicionamiento político de los saberes. Un lugar para visibilizar violencias, miedos e inseguridades y sacarnos toda esa rabia y enfado que nos atraviesa. Un lugar de creación de imaginario y de recreación de todas las posibilidades placenteras de nuestro coños.

◆

Entiendo nuestros cuerpos como otro «lugar» susceptible de ser controlado, violentado, censurado, silenciado y modificado desde los parámetros normativos relacionados con el sexo, la sexualidad y el género. Encontrar y compartir nuevas formas de conocer nuestros cuerpos, explorar nuestros coños, reapropiarnos de utensilios y coñocimientos, nos hace más libres y autónomas del entramado patriarcal heteronormativo, cissexista, capacitista y biologicista en el que vivimos. Además, es clave crear espacios donde compartir todos los conocimientos que tenemos, porque en su momento «otrxs» ya lo hicieron con nosotres y es para mí una forma de resistencia y lucha súper bonita y placentera.

◆

Respecto a la relación entre los talleres de autocoñocimiento y los feminismos, no podría decir qué aportan los primeros a los segundos o viceversa, ya que este taller se ha ido transformando a lo largo de varios años, y cada año los cuestionamientos, cambios y transformaciones son una constante, que está relacionada con todas esas perspectivas



que los distintos feminismos tienen de los cuerpos, la sexualidad, el género, los privilegios, el empoderamiento, etc., y que son temas que se plantean directamente en el taller o que aparecen en todo este proceso de investigación. Algo importante, que es una clara reivindicación de este espacio y de muchos de los feminismos, es poder decidir sobre nuestros cuerpos.

◆

La idea de crear un taller de autocoñocimiento surge hace unos años, cuando cayó en mis manos un libro titulado *Cuaderno Feminista. Introducción al self-help*, de Leonor Taboada, escrito en 1978. De pronto vi claro que algo que ya se hacía en los años 70 en el Estado español había que retomarlo de alguna forma. Este libro es una maravilla. Su posicionamiento político es muy claro y eso me encantó.

◆

Eso se sumó a todo el tiempo que llevaba leyendo, estudiando, investigando sobre este tema y repensando muchas cosas con algunas compañeras, tanto experiencias propias con nuestros coños, como de los coños de nuestras amigues, amantes, madres, abuelas, etc., así como las experiencias que teníamos en los talleres con adolescentes y mujeres, y las terapias y las consultas que nos hacían en el lugar donde trabajábamos. Vimos claro el desconocimiento y la falta de información que hay y, sobre todo, cómo esa «curiosidad» de la que hablábamos antes está totalmente castrada, y fue ahí cuando pensé que retomar esos espacios de *self-help* era la clave para seguir trabajando, compartiendo y luchando.

◆

La metodología del taller es abierta, dinámica, flexible, cambiante. Es decir, yo puedo ir al taller con unos objetivos claros, pero, dependiendo de las inquietudes del grupo, el taller puede transformarse en una cosa u otra, cada taller de autocoñocimiento es un «mundo».

◆

Por otro lado, la metodología que utilizo es claramente horizontal, con el objetivo de crear un lugar crítico con posicionamientos no jerárquicos en cuanto a los conocimientos, donde todes podamos sentirnos en un espacio en el que aportar, escuchar y ser escuchades.

◆

El único requisito para venir a un taller es «tener coño», es decir, va dirigido a bolleras, trans, personas no binarias y mujeres. Especifico esto porque el imaginario binario en el que nos educan nos lleva a pensar que, cuando hablamos de coños, sólo hablamos de mujeres y eso sigue siendo violento, pues invisibiliza tanto corporalidades diversas como diferentes formas de vivir las sexualidades, el sexo y el género.

Y ése es otro de los objetivos de este taller, cuestionar las normatividades asociadas a los cuerpos y ampliar el imaginario.

◆

Ocurre igualmente, cuando hablamos de sexualidades, cuerpos y, en concreto, coños, que otra vez el imaginario nos lleva a invisibilizar a adolescentes, jóvenes y mujeres mayores. Por ello, este taller también va dirigido a elles, como forma de seguir visibilizando y compartiendo. En particular, con adolescentes y mujeres mayores, todo lo que sale es una pasada.

◆

El espacio en el que tiene lugar el taller es muy importante, ya que cuando hablamos de los cuerpos, y más en concreto de los coños, se nos remueven muchísimas cosas, surgen inseguridades, miedos, bloqueos, vergüenzas, etc. Por ello, tiene que ser un espacio seguro, cuidado, donde todes nos sintamos acompañades, sin juicios, cómodes; y, sobre todo, con la opción de poder decidir qué hacer y qué no hacer, darnos tiempo para pensar e interiorizar, salir para respirar, llorar, gritar o lo que salga, irnos al «espacio de seguridad» (lugar físico creado en la sala donde poder tomar una infusión, agua, fruta, alguna comidita rica, sentarte entre cojines y observar). Es clave e importante tener todo eso en cuenta y crear un clima tranquilo, sin exigencias y acompañado para que fluya todo de la mejor forma.

◆

Mis experiencias impartiendo el taller han sido muy enriquecedoras y positivas, siempre he salido con un subidón, pero a la vez también removida. Por un lado, porque se comparten cosas súper chulas y potentes, pero a la vez también se comparten vivencias relacionadas con una educación represiva y negativa, violencias, inseguridades, etc., y eso al final te vuelve a cuestionar cosas y a poner delante de las narices toda esa realidad de las personas que estamos fuera de la norma y de la estructura de poder. A veces se tarda un poco en volver a recolocar y transformar eso en ganas de compartir y crear, pero si el taller sigue, será por algo.

◆

En cuanto a las devoluciones de les participantes, ha habido muchísimas, pero os comparto una que se me quedó grabada, de una chica que, con cara de sorpresa y enfado, decía todo el rato: «¡cómo nos han engañado!». El conocimiento es poder, y por eso no podemos permitir que sea elaborado por sólo unos pocos y llegue «a medias». Tiene que ser accesible a todes.